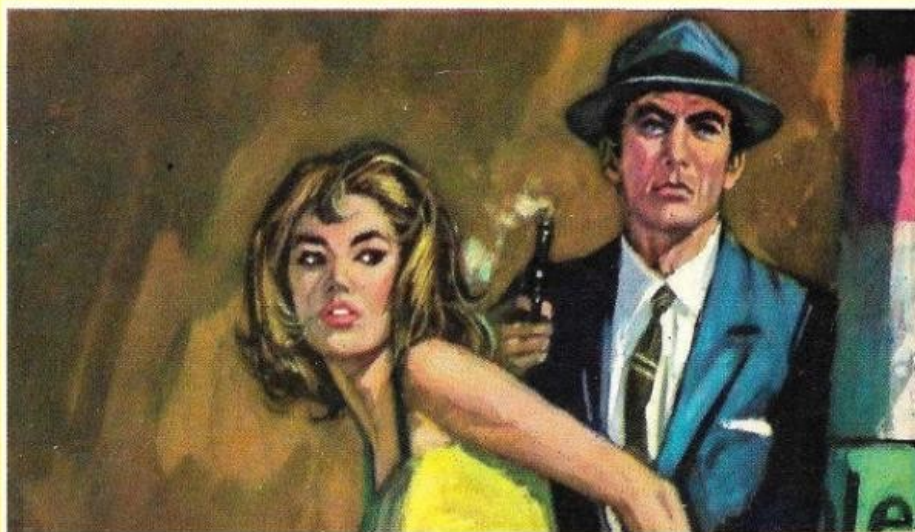
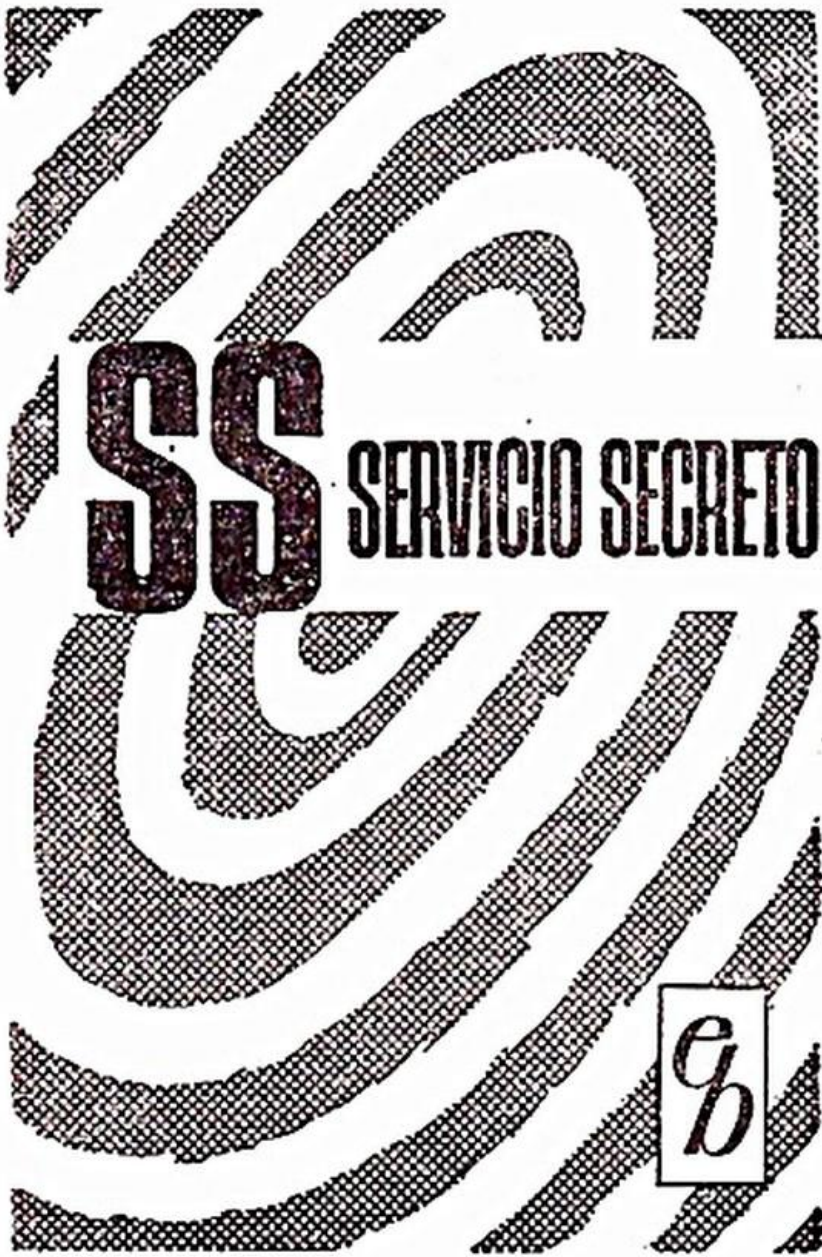




VACACIONES A TIRO LIMPIO



RALPH BARBY



SS

SERVICIO SECRETO



WILLY LEMON

KATY



RALPH BARBY

VACACIONES A TIRO LIMPIO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 927

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal, B. 11.448 — 1968
Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: mayo 1968

© RALPH BARBY — 1968
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL — 1968
sobre la cubierta

© ALTAMIRA — 1968
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

547. — La charca del sapo.

En Colección KANSAS:

449. — Los hijos de la loca.

En Colección CALIFORNIA:

577. — El tesoro de los confederados.

En Colección BRAVO OESTE:

332. — El gigante del «Trail».

En Colección SERVICIO SECRETO:

902. — Crimen en La Cancha.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

156. — El loco ratón.

En Colección TEXAS:

602. — Lección de hombría.

En Colección PUNTO ROJO:

306. — Un periodista sensacional.

En Colección ASES OESTE:

467. — Sabor a cáñamo.

En Colección BISONTE:

1.061. — Los colmillos de Silver.

CAPÍTULO PRIMERO

Willy Lemon acababa de abandonar la «27 Police Station» a la que hacía tiempo había sido destinado.

Broderik Coleman, su teniente, le había dicho que faltaba poco para que su ascenso a sargento fuera un hecho. Faltaba poco, pero faltaba algo, se repetía el agente de los «G-men», algo que inclinara el fiel de la balanza.

Aquel caso del robo de la Joyería Perkins podía darle la llave de su ascenso. Sólo le faltaba descubrir el lugar donde se escondía el delincuente, aunque ya había conseguido lo más difícil: identificarlo. Thomas Garret era su nombre.

Su aspecto físico cuidado, elegante. Era un boxeador aficionado del que hasta poseía la foto.

Detuvo el coche frente al «Unión Round», un salón de boxeo de cuarta categoría ubicado al sur de Brooklyn. Allí, por sesenta centavos, uno podía ver al prójimo echar sangre hasta por las orejas y al mismo tiempo practicar apuestas como si se tratara de un canódromo.

Sacó un cigarrillo del paquete y, pensativo, lo golpeó sobre el dorso de su mano. Lo llevó a sus labios y luego le prendió fuego.

Sentía deseos de fumar, de mirar a través del humo que expulsaba y buscar en él la solución al problema que tenía entre manos, un problema que debía resolver si anhelaba aquel ascenso que le era tan necesario como comer.

Katy, su esposa, no parecía conformarse con la vida que llevaba. Ella ansiaba más comodidad, más lujos, más ambiente y diversiones y eso un «G-men» sin graduación no podía ofrecérselo.

La paga era escasa y no es que él se lamentara de ello. Vivía por y para la Justicia, pero también le hacía falta el dinero para hacer feliz a su esposa.

Abandonó el coche y se introdujo en el «Union Round».

—Entrada, por favor —pidió el portero.

Descubrió su solapa por toda respuesta, mostrando la insignia de detective de la «Metropolitana». El paso le fue franqueado con un movimiento afirmativo de cabeza.

El salón de boxeo estaba atiborrado de tres cosas: público, rugidos y humo, un humo espeso y lechoso que cubría la bóveda.

En el *ring*, dos aspirantes a la fama, jóvenes y salidos de los barrios bajos de la gran urbe, se golpeaban con saña en espera del triunfo que acabara por llevarles al «Madison Square Garden».

Descendió por los peldaños de madera mientras sus ojos grises, cortantes como la arista de un cristal roto, acuchillaban a los empleados y

voceadores que había en el local.

Buscaba a uno en especial, a uno al que todos denominaban «El Chinche» por dos motivos: por grueso y rechoncho y porque chupada el dinero de los demás.

En principio no lo vio. Sonó el «gong» y terminó aquel asalto que Willy nunca supo cuál era, pues la voz que salía por los altavoces resultaba francamente ininteligible a causa de la pobreza del sistema megafónico y los gritos del público.

La lona del *ring* se hallaba empapada de agua y en algunos lugares de sangre. Ambas cosas hacían resbalar a los púgiles, y caer al suelo era algo fatal. Si se perdía en el Union Round», ya no había otra posibilidad de subir.

Los «descubre-ídolos» se reunían en cómodos palcos, rodeándose de sonrisas y fumando gruesos puros. Ellos iban a la caza y captura de futuras glorias.

A Willy Lemon no le interesaba todo aquello. Él quería descubrir a «El Chinche» y tuvo suerte al verlo agitando las manos entre unos espectadores.

Sin dudar se dirigió a él, cruzando bajo unos vociferantes espectadores que parecían desfogar allí la rabia y los nervios acumulados durante la jornada.

«El Chinche» le descubrió a su vez. Puso cara de susto y se alejó hacia una de las bocas de salida.

Willy Lemon sabía que, si intentaba seguirlo entre el público, lo perdería de vista. Por ello, desapareció a su vez por otra salida y corrió por el pasillo despejado.

Escuchó pasos a lo lejos y hacia abajo. «El Chinche» corría también, pero no podía hacerlo muy aprisa debido a su deficiente anatomía. Willy Lemon le daría alcance, estaba seguro, a menos que su perseguido desapareciera por alguna entrada disimulada.

Descendió los escalones y cuando llegó al vestuario subterráneo vio al hombre jadeante y con la espalda aplastada contra uno de los armarios metálicos.

El sujeto en cuestión, una sanguijuela más del hampa neoyorquina, sabía que aquel «G-men» era de cuidado y permaneció quieto, suplicando y protestando a un tiempo.

—Yo no he hecho nada, absolutamente nada, no puede meterse conmigo.

—Vaya, y si no has hecho nada, ¿por qué has salido huyendo? —le preguntó irónico acercándosele lentamente, seguro de que ya no escaparía.

—Es que siempre he tenido miedo a los policías...

—Vaya ese complejo de persecución. Tendrás que ir a un siquiatra para que te lo quite y te lave el cerebro con un buen detergente, aunque tienes

otra solución...

—¿Cuál? —inquirió tragando saliva dificultosamente.

—Convertirte en un hombre honrado.

—¡Yo lo soy, no puede acusarme de nada!

—Eres un hombre honrado con cinco años de reformatorio, dos en la prisión federal de Lewisburg y diez en el penal de Long Island, además de una cantidad considerable de multas.

—He cumplido mis condenas y vuelvo a ser un hombre libre, la Ley me protege.

—En estos momentos, yo soy la Ley y podría conseguir que volvieras a «chirona».

—¡No, por Dios, no me encierre de nuevo! ¡Tengo un hijo en un sanatorio y...!

—No me sueltes un serial. Sé perfectamente que no tienes ningún hijo. —Y como que el hampón tratara de huir nuevamente, Willy lo retuvo por las solapas—. Quieto...

—¡Suélteme, yo no he hecho nada!

—Te soltaré, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó ávido.

—Hay un tipo llamado Thomas Garret. Mira, esta es su foto —sacándola del bolsillo superior de su chaqueta, se la puso materialmente ante los ojos.

—No le he visto en mi vida.

—Mentir no te servirá de nada. Sabes bien que Thomas Garret, al que todos llamáis Tom «El Guapo», ha boxeado muchas veces en esta pocilga.

—¡Yo no soy un soplón!

Willy le estiró de la chaqueta acercándolo a él y cubriéndolo con su amplio tórax de modo avasallador:

—O me dices lo que quiero o te pongo tras los barrotes hasta que te pudras.

—¡No puede encerrarme! —protestó casi histérico el bajo y rechoncho «Chinche».

—Sí, estabas haciendo apuestas ilegales y no tienes permiso. Además no me costaría mucho demostrar que haces arreglos entre los «managers» de esos imbéciles que se machacan la cara en el *ring* para que luego tú saques unos buenos dividendos.

—Bueno, bueno, si me da cien dólares le diré algo —expuso cambiando de actitud al percatarse de que Lemon estaba dispuesto a cumplir sus palabras llevandoselo a la jefatura.

—No te doy nada y suelta lo que sepas.

—Vamos «G-men», por lo menos cincuenta.

—Nada.

—Si no hay nada, yo tampoco sé nada.

—Entonces, vamos.

Willy sacó un juego de esposas que «El Chinche» miró con auténtico pánico.

—¡Espere, espere! Vi a Tom...

—¿Dónde?

—En el «Twenty two red Club».

—¿Cuándo?

—Ayer. Tom es el amiguito de Merry «La Platino», una chica de «streep-tease». Es la estrella del local. Bueno, si no lo encuentra en su lecho, por lo menos ella podrá decirle más que yo.

—Está bien, por ahora me conformo, pero procura que no te vea haciendo apuestas arriba. ¡Largo, a la calle!

Lemon abandonó el «Unión Round» completamente seguro de que «El Chinche» volvería a las andadas. Pretender acabar con él era lo mismo que querer exterminar a todas las ratas de Nueva York, una tarea imposible.

Subió al auto y lo puso en marcha para desplazarse hasta el «Twenty two red Club». Thomas Garret era un sujeto peligroso. Había dejado gravemente herido al propietario de la joyería robada.

El *night-club* en cuestión se ubicaba en el Bronx, frente al Harlem River, un lugar de calles húmedas y muchos locales de linterna roja. Cuando iba a descender del vehículo, preocupado como iba por aquel caso, recordó de repente a su mujer.

Le había prometido que aquella noche irían a ver la actuación personal de Marlon Brando y Julie Andrews en el «Ethel Barrymore Theatre» de Broadway.

Esbozó una mueca de disgusto, rebuscó entre sus bolsillos y encontró un níquel. Fue a una cabina telefónica y marcó letras y guarismos hasta que al otro sonó la voz querida.

—¿Diga?

—Katy, soy Willy.

—Ah, Willy, te estoy esperando —se apresuró a decir la mujer.

—Verás, Katy, lo siento, pero será mejor que le digas a tu amiga la taquillera del teatro que no te reserve las entradas.

—Ya no tienes dinero, como siempre...

—Katy, no te molestes, ya iremos otro día.

—¡No vengas con excusas, di que no tienes dinero para impedir que me aburra con una estúpida por haberme casado con un «G-men».

—Vamos, Katy, sé comprensiva, esta vez no se trata del dinero, simplemente que tengo un caso entre las manos, un caso que si lo resuelvo pronto puede significar mi ascenso a sargento, ¿lo oyes? Entonces la paga será mayor y tú podrás gastar más. ¿No es eso lo que quieres?

—¡Lo que quiero es que te marches al diablo! —replicó ella de mal talante, disgustada por aquel cambio de planes.

Al sentir que colgaban el auricular, Willy hizo un gesto de disgusto y colgó a su vez.

«Ya se le pasará», se dijo saliendo de la cabina pública.

Pero él sabía bien que tardaría en olvidar el disgusto. Habían tenido muchas discusiones como aquella. Katy no se conformaba con el sueldo de un «G-men» y por su parte Lemon amaba a su profesión más que a su propia sangre.

Trató de inhibirse de aquel contratiempo y encendió otro cigarrillo mientras se dirigía a la entrada del club que resultó ser un tugurio con menos de cien mesas y escasa luz.

Una pista tapizada en rojo salía del pequeño escenario para introducirse entre las mesas.

Se acercó a una de las columnas, todas ellas forradas con pequeños cuadrados de espejo, y se apoyó en ella mientras fumaba.

—Aquí no se puede estar. Debe tomar una mesa y hacer consumición —advirtió casi agresivo un camarero acercándosele.

La mirada breve que Lemon le dedicó estaba cargada de desprecio. Aquel era otro «Chinche» del bajo mundo. Descubrió su placa, oculta bajo la solapa y dijo lacónico:

—De servicio.

—Ah, perdone. Si desea algo, pídalo, paga la casa —se apresuró a indicar el empleado.

Willy no contestó. Sus pupilas se clavaban ahora en la pista.

Un pequeño conjunto, que lo mismo habría de tocar una pieza de «jazz» que un «charlestón» de los años veinte, comenzó a desgranar una melodía sinuosa y ondulante.

Del fondo de la pista salió envuelta en una capa roja una mujer de largos y lacios cabellos platino, unos cabellos que debían llegarle hasta la cintura.

—Vaya, tengo suerte. Esa debe ser Merry «La Platino».

La mujer no era demasiado joven, pero conservaba una gran belleza, si no se tenían en cuenta algunas bolsas de sus ojos y unas arrugas que se formaban en los codos y el cuello. Tenía mucho «sexy-apel» y eso era lo que importaba en su profesión.

Comenzó a cantar, no lo hacía mal. Su voz sonó melodiosa, excitante y de repente vibró mientras sus manos hábiles arrancaban la capa roja lanzándola al suelo.

Después la canción y el resto del vestuario siguieron la misma pauta. Cada vez se podía admirar más cantidad de sonrosada piel.

«Diablos, el camafeo que lleva lo he visto en alguna parte», se dijo Willy clavando su vista en él.

No podía observarlo con atención, más sí darse una idea de cómo era, y rápidamente hundió la mano en su bolsillo. De él sacó varias fotografías y

en una de ellas descubrió el camafeo cincelado y tallado en oro, marfil y engarzados en él pequeños rubíes formando un diminuto cuerpo de mujer.

Había sido una suerte que en la joyería tuvieran fotografiadas todas las piezas de valor que poseían. Ahora las robadas por Garret podrían identificarse con facilidad.

Merry «La Platino» también pareció reparar en él, pero hubo de apartar su mirada para continuar su número, mostrando las bellezas con que la madre Naturaleza la había dotado.

Antes de que terminara la actuación de la mujer,

Willy pasó a los bastidores empleando su condición de G-men» y luego se introdujo en el camerino de Merry.

Mientras esperaba, tuvo que tirar la colilla del cigarrillo y prender fuego a otro. Se dijo que era una lástima que Thomas Garret no estuviera entre los clientes, pues se había preocupado de observar con atención para descubrirlo.

El delincuente, al saberse acorralado, quizá se escondía en algún lugar muy recóndito, pero Willy Lemon se encargaría de localizar.

Escuchó un lejano rumor de pasos y poco después entraba Merry de un modo casi precipitado. Iba envuelta en una bata que le habían proporcionado al salir del escenario, lugar donde había quedado su vestuario completo.

En aquellos momentos, un mozo se encargaba de recogerlo.

—Eh, ¿qué hace usted en mi camerino? —señaló la puerta e indicó—: ¡Salga!

—No te enfades, Merry. A mí me gusta charlar con las chicas bonitas pese a que mi mujer me lo tiene prohibido.

—No me gustan las bromas estúpidas. Estoy cansada, déjeme en paz.

—¿Sabes quién soy? —preguntó él sentándose sobre un ángulo del tocador tras cerrar la puerta.

—Un entrometido —aseguró no demasiado amable. Ocultó la mayor parte de su cuerpo tras un biombo desconchado y casi mugriento sobre el que no tardó en colgar la bata que la cubría.

—Miss Merry, aquí tiene su ropa —dijo el mozo entrando.

Se quedó mirando a Lemon, pero no dijo palabra al ver que ella le respondía:

—Déjala encima de la silla y márchate.

Cuando la puerta se hubo cerrado de nuevo, él observó:

—Parece que ya estás más amable.

—Es usted un polizonte, ¿eh?

—Hum, a los «G-men» no nos gusta oímos llamar polizontes, pero cuando es una chica bonita, lo pasamos por alto.

—¿Qué quiere de mí? —inquirió ligeramente agresiva.

—¿Dónde está Tom?

—¿Qué Tom?

—Eres muy linda, muñeca, pero no te valdrá el hacerte pasar por tonta. Dime dónde está Thomas Garret.

—No lo conozco.

—Te equivocas. Un amigo me ha contado que salís juntos.

—Podría ser. Una chica como yo sale con muchos hombres y no siempre pregunto el nombre.

Lemon, sonriendo, se acercó al biombo tras el que se parapetaba la rubia. De súbito, pasó la mano por encima y cogió lo que deseaba estirando con fuerza.

—¡No me toque, no tiene ningún derecho! —gritó ella.

—No, si yo solo quería cogerte este camafeo, ¿comprendes?

Ella se palpó el cuello y su rostro adquirió un tinte pálido.

—Me lo han regalado.

—¿Quién, Tom Garret o tu ángel de la guarda?

—No sé su nombre. Todos no llevan dinero encima y algunos dan lo primero que se les ocurre.

—Vamos, Merry, ¿no crees que es demasiado dinero un camafeo valorado en doce mil dólares para pagar una noche contigo? Será mejor que me digas dónde está tu amiguito.

—No lo sé, ya se lo he dicho. No puede hacerme nada, y si trata de detenerme, quiero un abogado.

—Todos los estúpidos decís lo mismo: «Un abogado». —Suspiró con fuerza—. Después de todo, yo no te he dicho que vaya a detenerte.

—Entonces, ¿qué quiere de mí?

—Que me digas dónde se esconde Garret. Él te ha dado esta joya robada. Mira, aquí tengo la fotografía. —Se la mostró y ella apretó los labios.

—No lo sé. ¿Cuántas veces tendré que repetirlo?

—Está bien, tú te buscas el problema involucrándote en este feo asunto, un robo con los agravantes de nocturnidad, armas de fuego y heridas gravísimas al propietario de la joyería. Si muere, quizá acompañes a tu amigo a la silla eléctrica.

—Eh, oiga, yo no he hecho nada y además está permitido aceptar regalos.

—Sí, claro no es lo mismo aceptar como regalo un objeto robado que comprarlo. Lo primero no constituye un delito y lo segundo sí, pero ya me encargaré yo de empapelarte.

—¿A mí?

—Sí. Mañana pásate por la veintisiete estación de policía y pregunta por el agente Lemon. Ah, es inútil que trates de salir de la ciudad, sería peor para ti. Se te consideraría prófuga de la justicia y en cuanto cayeras en nuestras manos no habría abogado que te salvara. Ahora, abur. —Abrió

la puerta y salió del camerino.

Merry estaba nerviosa. Quiso fumar y las manos le temblaban. Amaba a Tom con todas sus fuerzas, hacía tiempo que lo quería aun conociendo que era un delincuente.

Después de todo, ella, aún estando dentro de la ley, por su profesión tampoco resultaba un espejo de blancura.

Lo que no le gustaba de Tom es que hubiera acabado por envolverla en sus líos. Lo amaba, pero más se amaba a sí misma y le inspiraba terror la idea de verse tras los barrotes de una prisión.

¿Por qué diablos aceptaría aquel costoso camafeo? se preguntó iracunda. Vistió sus ropas de calle y se cubrió con una gabardina blanca dejando que su hermoso cabello cayera sobre ella.

Salió del camerino mirando atentamente a un lado y a otro. No había nadie, estaba segura.

Salió por la puerta posterior del club. Si el agente la abordaba de nuevo, le daría cualquier excusa y tomaría una dirección distinta a la que había emprendido en aquellos instantes.

El suelo del callejón estaba húmedo. Deambulaba gente por aquel sector, pero no descubrió la figura atlética e inconfundible de Lemon.

Más confiada, salió de la Gord Street, calle más ancha. Esperó quieta unos instantes pese a que tuvo que apartarse de un inoportuno que se metió con ella. Después, con paso rápido, se dirigió a su «Chevrolet» aparcado en otro callejón más abajo.

Cuando comenzó a rodar por el Bronx, lo hizo fijándose bien en que no la seguían. Después, tomó dirección Brooklyn.

Detuvo el auto en una calle mal iluminada y luego caminó deprisa hacia el número que buscaba. De lo que no se percató es que el portaequipajes de su «Chevrolet» comenzaba a abrirse lentamente.

Subió rápida la escalera carente de ascensor de aquel edificio construido con ladrillos que nadie se había preocupado de remozar.

Llamó a la puerta con contraseña convenida y se apresuró a decir sin poder disimular su nerviosismo:

—Tom, soy yo, Merry.

La hoja se abrió lo justo para que pasara la mujer.

Un hombre alto, delgado, rubio y de sonrisa cínica aunque en aquellos instantes aparecía preocupado, la recibió cerrando de inmediato.

—¿Qué ocurre? ¿Cómo es que has terminado tan pronto tu trabajo en el club?

La muchacha se le abrazó al tiempo que decía:

—Te persiguen, Tom, te persiguen.

—Eso ya lo sé. Más tarde o más temprano tendré que abandonar Nueva York.

—Pues hagámoslo ahora mismo. Podemos coger mi coche que está

abajo y salir del Estado.

Él la cogió por los brazos sacudiéndola un instante e inquirió excitado:

—Merry, ¿qué ocurre, dónde está el camafeo que te regalé?

—Oh, Tom, la policía ha estado esta noche en el club. Me han interrogado, debo presentarme en la jefatura mañana. Me consideran tu cómplice por el camafeo que se han preocupado de arrancar de mi cuello.

—¿Y después de todo esto has venido a verme...? —preguntó casi saltándosele los ojos de las órbitas?

—Sí...

Antes de que la mujer pudiera continuar su explicación, Garret la abofeteó con tal fuerza que la proyectó contra la cama de aquel sucio y reducido apartamento.

—¡Estúpida, en estos momentos toda la policía debe estar abajo! ¿Cómo he podido confiar en una mujer tan idiota?

En aquel instante sonaron unos golpes en la puerta y la pareja miró hacia ella, asustados.

Willy Lemon con su «Browning», a la que cariñosamente llamaba «Black-steel», alzó la voz para advertir:

—¡Garret, es inútil que ofrezcas resistencia, estás copado! ¡Abre la puerta y sal con las manos en alto!

Thomas Garret se sintió acorralado y reaccionó violentamente. Efectuó tres disparos con su «Parabellum» contra la puerta, perforándola. Mas Lemon, que esperaba aquella reacción, ya se había pegado a la pared protegiéndose.

El delincuente corrió hacia la ventana. Merry trató de detenerle.

—¡No, Tom, aguarda. Vale más que te entregues, el joyero no ha muerto!

La infeliz bailarina se encontró con dos balazos en el pecho en una reacción salvaje del hombre acorralado quien se precipitó por la ventana en busca del «fire-escape».

Lemon disparó contra la cerradura y cargó con su cuerpo haciendo que la hoja de madera saltara. Tuvo que lanzarse al suelo para escapar al proyectil que acababa de enviarle el delincuente.

—¡Maldita sea, la chica ha pagado los platos rotos!

Una rápida mirada le bastó para comprobar que estaba muerta y él también se precipitó hacia la ventana.

La escalerilla de incendios se veía alta, peligrosa, desde el quinto piso en que se hallaba.

Garret disparó hacia arriba y Lemon, por su parte, hizo ladrar la «Browning» arrancando un aullido de dolor al fugitivo que se derrumbó en el rellano de la escalera, escapándosele la pistola de la mano.

Antes de que pudiera cogerla, el «G-men» se lanzó escalerillas abajo saltando sobre el ladrón asesino cuando este trataba de saltar por la

baranda para suicidarse en el último momento de desesperación.

Willy sabía bien que siendo un boxeador su enemigo, no debería golpearle con los puños en el rostro, pues los aguantaría bien. Optó por aplicarle dos golpes de karate y una llave de judo que lo tumbó sobre la plataforma de hierro, retorciéndose las manos a la espalda.

Mientras Garret, herido de un balazo en la pierna, aullaba casi tan fuerte como las sirenas de los coches policiales que acudían avisados por cuantos habían escuchado los tiroteos. El silbato de un uniformado de la «Metropolitana» comenzó a despejar la calle.

—Al fin, ahora sí podré esperar que me asciendan a sargento... —Y colocó las esposas en las muñecas del asesino ya vencido.

Aquel caso ya podía darse por cerrado. Lo que Willy Lemon ignoraba es que le esperaba un caso difícil, mucho más difícil y que le atañería a él directamente como cuchillada en las entrañas.

CAPÍTULO II

En el comedor-*living* de un piso antiguo, de mal gusto arquitectónico y enclavado en el East Side de Manhattan, Katy Lemon llevaba toda la tarde releiendo el «New York Herald Tribune».

«Esta vida que llevo no merece la pena vivirla, he de hacer algo, intentar lo que sea, para escapar a esta rutina que acabará por destruirme».

Katy era una mujer joven. Su edad oscilaría entre los veinte y los veinticinco años. Tenía el cabello color platino y ojos extrañamente claros. Era muy bella y poseía un cuerpo digno de ser esculpido.

Su mal radicaba en que se sabía atractiva y, según ella, se consumía dentro de aquellas cuatro paredes siendo la esposa de un policía, Willy Lemon.

«Con el sueldo de Willy tendré que ir siempre hecha una harapienta y nunca podré aspirar a una vida rutilante; paseos por Palm Beach o un simple viaje al Niágara Falls», pensó mientras acercaba el periódico a sus ojos por enésima vez.

Y nuevamente leyó aquella demanda que la sugestionaba:

«“FLOWERS OF PARIS CO.” PRECISA MODELOS MENORES DE VEINTICINCO AÑOS. SE GARANTIZAN VIAJES A EUROPA EN BARCOS DE CRUCERO. SUELDOS MÁXIMOS. PRESENTARSE EN...»

Arrojó el diario sobre el sofá y se levantó resuelta de la butaca, mostrando una silueta magnífica, de busto generoso y cintura fina y flexible.

Cruzó el umbral de la puerta del dormitorio y se situó ante el espejo del armario, contemplándose satisfecha.

—Yo sirvo para modelo, y si me dan la plaza, ganaré más dinero que Willy. Me llevarán a Londres, París, Roma... No, no puedo pensarlo más. O me consumo aquí hasta convertirme en una vieja recalcitrante o aprovecho esta oportunidad de conocer mundo y disfrutar de la vida. No, mi belleza no puede marchitarse sin que haya servido de nada. Debo ir al Rockefeller Center, allí «Flowers of París» me espera y con ellos la vida, el dinero, la fama...

Tras concluir el diálogo con el reflejo de su figura en el espejo, Katy no dudó más. Cambió sus ropas un tanto vulgares por el vestido más nuevo que poseía, de una tonalidad oro. Su hechura era tan marcadamente sensual que Willy le tenía prohibido ponérselo.

—Ahora parezco otra... ¡Katy, el mundo es tuyo!

Recogió su bolso de mano encaminándose hacia la puerta que conducía a la escalera. Antes de franquear el umbral vaciló.

«Será mejor que no le deje ninguna carta a Willy. Después de todo, aunque me contraten, tendré tiempo para venir a explicárselo. No creo que el crucero parta inmediatamente. De este modo, si no soy admitida, él no conocerá nunca mi fracaso».

Y con aquella decisión abandonó su hogar, hallándose pocos minutos después deambulando por la calle en busca de un taxi.

A su alrededor, las frases procaces y los silbidos admirativos menudeaban, y ello le dio plena confianza en su belleza.

—¡Taxi! ¡Taxi!

Los neumáticos del automóvil chirriaron sobre el asfalto, dejando la portezuela al alcance de la mano femenina.

Katy se introdujo rápidamente en el coche ordenando:

—¡Al Rockefeller Center!

El taxista, al verla por el espejito retrovisor, lanzó un silbido y su pie apretó impulsivo el acelerador, haciendo dar un brinco al vehículo.

—¡Cuidado, que deseo llegar a mi destino con vida! —objetó sonriente y satisfecha.

Katy Lemon dejó que su vista vagara por las calles neoyorquinas, viendo como las primeras luces predecesoras de la noche comenzaban a parpadear, incitantes.

«Willy, no te dejo por otro hombre, si no por disfrutar de la vida», se dijo en tono de disculpa.

El automóvil enfilaba por la avenida Third en busca de las moles de acero y hormigón que, erectas y colosales, semejaban hurgar en el cielo.

—La carrera es uno sesenta, pero si quieres que...

—No diga tonterías y cobre.

Katy Lemon desatendió la insinuación del conductor y después de pagar bajó del coche.

—Veremos si doy con la dirección antes de que cierren, ya es bastante tarde.

La joven trató de orientarse entre aquellos diecisiete edificios que acogían a treinta y dos mil personas que trabajaban en veintidós consulados, veinticuatro restaurantes, seis escuelas y mil cien oficinas.

Rockefeller Center era una ciudad enclavada dentro de otra gran ciudad, como el grano de uva en su racimo.

—Bueno, ya lo tengo. Uf, me ha costado dar unas cuantas vuelta; pero ya estoy bien encaminada. Confiemos en que no llegue tarde...

Katy penetró en el ascensor y subió hasta el piso veinte, que era la planta donde se ubicaba la casa de modas.

«¡Caramba, este es más elegante de lo que imaginaba...!», pensó sorprendida, admirando el *hall* lujoso y moderno que se extendía amplio ante ella, en busca de las anchas ventanas.

El suelo, completamente mullido y alfombrado, amortiguó el ruido de

sus tacones altísimos.

—¿Desea algo, señorita?

—¿Cómo? —inquirió Katy sorprendida, doblando la cintura hacia un lado y mirando al recién llegado.

Se había aproximado a ella por la espalda, sin hacer el menor ruido.

—Perdón, no ha sido mi intención asustarla.

—Ya lo imagino.

Se examinaron mutuamente por unos instantes. Katy pensó que aquel hombre cuarentón, de modales y vestir impecables, era atractivo físicamente.

Su cabello lacio y brillante dejaba entrever que era aficionado a la cosmética masculina.

—Y no se equivocaba. «Flowers of París» solo pretende que sus clientes queden ampliamente satisfechas de su estancia en esta casa.

Mas él recepcionista no la dejó terminar, continuando con la explicación que parecía haber aprendido letra por letra.

—Si desea adquirir algún modelo, le aseguro que aquí los tenemos exclusivos y desde la insignificante cantidad de mil dólares hasta diez mil. Si lo prefiere, haremos desfilar nuestra sección de modelos para que usted pueda elegir.

Aquellas cifras que acababa de oír parecieron a Katy de otro planeta. Sus pupilas claras brillaron sobaderas. Había quedado fascinada por el lujo que se desbordaba incontenible en aquel local.

—No, no, verá, yo venía por lo del anuncio del «New York Herald Tribune»... —balbuceó algo cohibida, esperando una reacción desfavorable en el rostro de su interlocutor.

Pero este la sorprendió continuando con la misma amabilidad y deferencia con la que la recibiera.

—¿Desea usted ser modelo de nuestra firma?

—Sí, eso es.

—Pues sígame, por favor. *Miss Clare* la atenderá.

Colocándose a la izquierda del recepcionista, Katy comenzó a caminar.

Llegaron ante un despacho cerrado en cuya puerta campeaba un rótulo que rezaba: «CLARE SCOTAIIV».

—Tenga la bondad de esperar un momento.

Katy asintió y aguardó mientras su anfitrión penetraba en el despacho. Allí permaneció unos minutos y luego salió indicando:

—Pase usted, por favor.

En el centro de la estancia aparecía una mujer de cabellos largos y negros, elegantemente vestida. Sus ojos eran oscuros y dotados de un poderoso atractivo capaz de acelerar la sangre en las venas de un hombre.

—Me ha comunicado John que desea usted obtener una plaza de modelo.

—En efecto, esa ha sido mi intención al venir hasta aquí, *miss*...

Ante el gesto dubitativo de Katy, aquella mujer concretó:

—Scotaiv, Clare Scotaiv. Pero, como usted comprenderá, no podemos admitir a todas las señoritas que se presentan. Deben reunir ciertas condiciones.

—Sí, lo supongo, pero espero que las tendré.

El hombre que la condujera hasta allí se situó junto a la puerta, presenciando la escena que dominaba Clare Scotaiv.

Esta dio una vuelta completa alrededor de Katy, asintiendo satisfecha.

—Posee usted un cuerpo muy, digamos, atractivo. Algo llenita de carnes, pero muy influenciable a la vista de los hombres que, después de todo, son los que pagan.

Katy esbozó una sonrisa, aunque se sentía algo molesta por aquel examen efectuado por una mujer. La pregunta que Clare le soltó a continuación la dejó sorprendida y un tanto ofendida:

—No llevará artilugios de esos con los que la plástica se prodiga tanto ahora, ¿verdad?

—No, todo es de mi propio cuerpo —aclaró un tanto áspera.

Clare, sin preocuparse de ello, siguió:

—¿Casada o soltera?

—Soltera.

Katy mintió sin dudar un instante. Se preguntaba que, de proclamar su verdadero estado, sus ilusiones de ser modelo de aquella famosa casa quedarían truncadas.

—¿Vive sola o tiene familia?

—Acabo de llegar de Filadelfia y estoy sola por completo. No tengo que dar cuentas a nadie si emprendo un viaje. ¿Es esto lo que desea saber?

—Exactamente. Nuestra firma emprende largos viajes para exhibir sus creaciones, pero no deseamos tener contratiempos de índole amorosa, o familiar con las chicas.

—Entonces, seguro que me admitirán.

—Desde luego. Es usted algo mordaz, pero sirve. Todo lo referente a la cuestión burocrática lo arreglaremos mañana, ahora tendrá que perdonarme, pero es algo tarde.

—Como usted quiera.

—John, condúcela al «Eolo» y proporciónale una habitación.

—De acuerdo. Señorita, haga el favor de seguirme.

Katy observó extrañada como John la conducía por otra puerta distinta a la que penetrara. Por su parte, Clare se despidió desapareciendo por otra de las puertas,

—¿Cómo es que vamos por aquí?

—Bajaremos por el ascensor particular, es más cómodo.

Tratando de no ser molesta, ahora que había conseguido el empleo,

Katy Lemon descendió por aquel ascensor oscuro y angosto que les dejó en el interior del garaje subterráneo.

—Subamos al coche y la trasladaré al «Eolo».

—¿Hemos de partir inmediatamente? Lo digo porque eso de «Eolo» me suena a nombre de barco.

—Pues no se equivoca, es una nave propiedad de «Flowers of París» —respondió el atildado John al tiempo que ponía en marcha el «Buick» negro y potente en el que ambos se habían aposentado. Después, agregó—: Si desea hacer algo, mañana tendrá tiempo de sobra.

A Katy le pareció bien aquella sugerencia y prefirió hacer el resto del recorrido en silencio.

El auto, a una velocidad media, enfiló por la avenida Ámsterdam dejando atrás los rascacielos y yendo en busca del Uptown Manhattan.

—Bueno, ya estamos llegando.

A Katy le sorprendió que hubieran subido tan al Norte, pues se hallaban en el Harlem.

John, conduciendo con mano experta, introdujo el Buick» en los muelles del Hudson River, ascendiendo por ellos hasta la desembocadura del Harlem River.

—Siempre suenan algo tétricas las sirenas de los barcos, ¿verdad?

—No he reparado en ello —arguyó Katy evasiva cuando el automóvil ya aparcaba frente a la escalerilla del «Eolo».

Al mirar por la ventanilla, el corazón le dio un vuelco.

—Parece algo ruinoso el paquebote, pero llega a hacer los treinta nudos de media.

La mujer no entendía de velocidades marinas, solo sabía que acababa de sufrir una decepción.

Esperaba hallarse ante un lujoso trasatlántico y estaba frente a un barco pequeño y destartado que parecía de carga. En su escalerilla, un negro montaba vigilancia.

—Vamos, vamos, no se quede ensimismada y pase delante.

Como un autómatas, Katy ascendió por la escalerilla ante la mirada obscena del negro vigilante.

—¿Quiere decir que no se ha equivocado?

—No, desde luego. Ahora, como es de noche, esto le parece feo, pero mañana a la luz del día lo verá mejor. Además, es muy confortable.

Pasaron al interior de la nave y caminaron por un pasillo dedicado a camarotes que a la joven le dieron la impresión de estar ocupados.

John abrió la puerta de uno de ellos, instándola a penetrar.

—Póngase cómoda.

Katy entró en la reducida estancia, y cuando se giró para decir que aquello era peor que una pocilga, se encontró con que la puerta estaba cerrada y el pestillo era volteado desde el exterior, dejándola

incomunicada.

—¿Qué es esto, una trampa? ¡Déjenme salir, déjenme salir!

Katy gritó y golpeó las paredes comprendiendo que había caído prisionera de unos facinerosos mediante una burda trampa tendida a su vanidad.

—¿No me oyen? ¡Quiero salir!

Todo fue inútil. Una luz tenue iluminaba aquel camarote exento de ventanas y que solo poseía un catre mugriento adosado a la pared.

Enfundada en su vestido color oro, Katy se dejó caer al suelo y comenzó a llorar amargamente mientras las horas pasaban lentas y penosas.

—No quiero pensar qué pretenden de mí, no quiero, no quiero... — repetía una vez y otra vez, imaginando lo peor.

De improviso, la cerradura giró y la puerta se abrió sigilosamente.

«Quizá encuentre alguna oportunidad de huir», pensó absteniéndose de hacer ningún ruido.

En el umbral de la puerta vio la faz del negro que anteriormente vigilara la escalerilla. Un pánico espantoso retumbó en su corazón.

Se echó hacia atrás instintivamente hasta que la pared puso fin a su deseo de evasión.

—¿Te doy asco? —silabeó el negro, mostrando unos dientes negruzcos y destruidos en su mayor parte.

El tórax medio desnudo se hinchaba violentamente al tiempo que el blanco de sus ojos se tornaba rojizo.

—¡No, no, márchese, márchese!

—Ni lo sueñes. ¿Para qué crees que te han traído aquí?

Katy hubiera deseado taparse los oídos para no escuchar lo que presentía.

—Tú y las demás que están en los otros camarotes seréis vendidas en distintos lugares de Sudamérica. En adelante, solo conocerás la habitación donde te encierren.

—¡No, no puede ser cierto!

—Sí, que lo es. Nos tienen prohibido tocar la mercancía, pero tú me gustas, ¿sabes? Espero que serás buena conmigo. La piel blanca de la mujer siempre me ha atraído...

—¡No, por misericordia, no!

—Tenemos orden de llevar a las revoltosas a la bodega, con las ratas. Allí hay unos grilletes sujetos a la pared y por cierto, dos ya están llorando no haber sido más amables conmigo. Pero tú, aunque te pongas rebelde, serás mía.

La piel del hombre brillaba grasienta. Feroz, se abalanzó sobre Katy intentando arrancarle el vestido con sus manazas.

La joven, en un gesto desesperado, clavó la puntera de su zapato en el

bajo vientre del negro haciéndolo rodar por el suelo envuelto en aullidos de dolor.

—¡Debo escapar, debo escapar!

Katy aprovechó para incorporarse, y a pesar del obstáculo que ofrecían sus ropas desgarradas, corrió por el pasillo subiendo luego por una escalerilla hasta llegar a cubierta.

Ni siquiera notaba los golpes y magulladuras que su carrera le había proporcionado.

—¡A ella, que escape, a ella!

El terror aceleró las piernas femeninas al oír gritar al negro sembrando la alarma. No tardó en divisar a tres hombres más que le cerraban el paso en dirección a la escalerilla. Su desesperación la empujó hasta la proa del paquebote.

—¡Tengo que huir, y si me tiro al agua alguien me sacará!

Sin pensarlo más, Katy se dispuso a saltar al río.

—¡Que no escape viva! —ordenó la voz del que parecía el jefe.

Uno de los hombres, otro negro, sacó una «Luger» con silenciador de la que brotaron dos pequeñas llamaradas. El ruido de los taponazos evidenció que el hombre había apretado el gatillo sendas veces, cuando ya Katy Lemon se hallaba en el vacío.

El vestido dorado de la mujer se reflejó en el aire como el de una figura ancestral.

Segundos más tarde, su cuerpo se hundía en las aguas turbias y sucias del Hudson River.

CAPÍTULO III

Willy Lemon miró una vez más a través de la ventana cerrada. Con gesto de incompreensión y manteniendo sus brazos cruzados a la altura del pecho, giró sobre sí, encarándose con Grace Temperthon, hermana de Katy.

—No comprendo lo que ha podido ocurrir ni el por qué de su marcha. Ni siquiera ha dejado una nota.

—¿Has revisado bien todos los lugares donde Katy solía guardar sus cosas? Ten en cuenta que es muy desordenada —objetó la joven comprendiendo el estado de ansiedad que padecía el hombre a causa de la desaparición de su esposa.

Grace era una mujer de temple, aunque siempre se había sentido un tanto acomplejada por la superior belleza de su hermana.

Admiraba la constancia de Willy al soportar los constantes caprichos de Katy y, en el fondo, experimentaba hacia él algo que nunca se atrevió a confesarse a sí misma.

—No, Grace, no. He dado mil vueltas a todo el apartamento desde ayer en cuanto advertí su ausencia.

—Puede que haya sufrido un accidente.

—Estamos agotando todas las posibilidades que pueden conducir a una explicación plausible. Sabes que como policía he tenido facilidad para llevar control de los hospitales, y en ninguno han podido darme algún dato que se refiera a ella.

El silencio que sobrevino a estas palabras turbó aún más a Willy Lemon, quien casi sin darse cuenta fue frunciendo el entrecejo. Adivinando sus pensamientos, Grace se atrevió a decir:

—Willy, olvida lo que estás imaginando. Katy no haría nunca eso.

—¿Y qué crees que estoy imaginando?

Sin titubear, segura. Grace aclaró:

—Pues que ha podido marcharse con otro. No, no te encolerices y si te molestan mis palabras, me voy.

Willy estuvo a punto de replicar con la ira propia de su desesperación, pero se tragó las palabras ofensivas y dijo conciliador:

—No, por favor, no te marches. Si ahora me quedara solo, creo que mi cabeza estallaría. Tienes razón, he llegado a imaginar lo peor.

La mujer, silenciosa, abrió el mueble-bar que tan bien conocía por haber pasado allí muchas horas en compañía de su hermana. Llenó un vaso de whisky al que añadió soda y lo tendió al hombre, quien lo agradeció con una mirada.

—Tú conoces mejor que nadie las estadísticas policiales con respecto a los desaparecidos en una ciudad como Nueva York, diariamente son

numerosas. Quizá Katy ha sufrido un ataque de amnesia y...

Lemon sorbió la mitad del licor de un trago.

—Agradezco tu buena voluntad, Grace, pero esa píldora no me la trago. Es cierto que desaparece mucha gente, pero la mayoría de esas personas tienen antecedentes siquiátricos y otras, su amnesia solo es un disimulo para desaparecer de su hogar. Yo catalogaría a Katy entre estas últimas.

Grace miró con atención a Willy que, contra su costumbre, presentaba el rostro sin rasurar y el pelo negro y rizado le caía en mechones desordenados sobre la frente.

Sus anchas espaldas semejaban arquearse hacia adelante, abrumado por un peso invisible.

Dejó de mirarle y dijo suavemente:

—Eso ni tú mismo lo crees. Es la desesperación la que te hace hablar de esa forma. Quieres mucho a Katy y su ausencia te está dañando.

—¡Marcharse ahora, precisamente ahora, cuando ya iba a notificarle mi ascenso a sargento de la Metropolitana! Siempre soñando con un viaje a las cataratas del Niágara y cuando ya estaba en nuestra mano, todo truncado incomprensiblemente. Tú sabías igual que yo que Katy no se conformaba con esta vida.

—Aún puedes ofrecerle ese ascenso. Ten por seguro que la hará feliz.

—No, Grace, no. Tengo el presentimiento de que Katy nunca volverá a mí.

Willy llevó a su garganta el resto del contenido del vaso mientras por encima de este miraba a Grace.

En contraste con su hermana, Grace poseía un cabello pelirrojo y su nariz respingona hacía olvidar las simpáticas pecas que punteaban la piel de su rostro.

—Comprendo demasiado tarde que Katy no era mujer para encerrarla en un hogar, pero a pesar de todo la perdono y sigo queriéndola con toda mi alma. He querido coger la luz con mis manos y se ha filtrado por entre mis dedos. La culpa es mía y de nadie más.

El timbre del teléfono, repiqueteando estentóreamente, cortó la explicación del hombre. Este quedó en suspenso, contemplando casi con miedo el aparato.

Grace, más segura de sus reacciones, descolgó el auricular.

—¿Diga?

La angustia hizo perlar la frente de Willy, que comenzó a sudar copiosamente.

A través del hilo se escucharon unas palabras y Grace respondió:

—Soy Grace Temperthon, cuñada de Willy Lemon. ¿Desea hablar con él?

—¿Quién es? —inquirió Willy nervioso cogiendo el auricular que le tendía la joven.

—Es un tal Broderick Coleman, pregunta por ti.

—Diga, diga, teniente Coleman.

En pocos segundos, la mujer vio cómo iban formándose arrugas en el semblante varonil. Las noticias debían ser graves para producir tanto efecto.

Al ver cómo Willy colgaba, preguntó angustiosamente:

—¿Qué te ha dicho ese hombre, qué ha pasado?

—Ha llamado el teniente Coleman, de la veintisiete estación de policía...

—Bien, pero, ¿qué te ha dicho?

—Que en el Hospital Central tienen una mujer que responde a las características de Katy.

—¿Está herida?

—No, muerta. Van a hacerle la autopsia. Me piden que vaya para efectuar la identificación.

—¡Dios mío, eso no puede ser verdad! Ruguemos porque se hayan equivocado y no se trate de ella —sollozó Grace dejando escapar unas lágrimas sinceras por entre sus párpados semi cerrados.

—Sólo hay un medio de averiguar la verdad, y este es yendo al hospital. Si no deseas venir, puedes esperar aquí hasta que regrese. Imagino que el espectáculo no será muy agradable.

—No digas eso, yo te acompaño. Recuerda que se trata de mi hermana.

—Como quieras. Iremos en mi «Ford», aunque antes habremos de pasar por una gasolinera, he de reponer carburante.

Ambos se hallaban compungidos y sus movimientos eran de autómatas. Poco después el «Ford», tras aprovisionarse de gasolina, les llevó al Hospital Central.

—Será mejor que aparcemos en la parte posterior del edificio —indicó Willy—. Allí hay una entrada que nos conducirá directamente al depósito de cadáveres y a la sala de disección.

Segundos después caminaban por un pasillo, largo y desierto, de paredes blancas y techos altísimos. Todo era silencio y frialdad.

—Willy... —murmuró temerosa la joven.

—¿Qué?

—Estos corredores imponen demasiado, resultan tétricos y al final de ellos temo hallar lo peor. Si no resisto y me desvanezco, sácame de aquí.

—Estate tranquila, lo haré, aunque no debes temer nada. Si algo ha sucedido, ya no tiene remedio.

Grace Temperthorn tenía razón. Sobrecogía avanzar por aquel pasillo iluminado escasamente con bombillas amarillentas y un tanto distanciadas unas de otras.

Los pasos resonaban sobre el pulido enlosado, dándole una sensación de completa soledad, como si la muerte les hubiera aislado del resto del

mundo.

—Tras esa puerta está el depósito.

Sin pronunciar palabra, la mujer miró temerosa la puerta fría y blanca que permanecía cerrada ante ellos.

Lemon cogió a su cuñada por el codo e indicó:

—Aún estás a tiempo de ahorrarte una visión que seguramente perdurará en tu pensamiento: Puedes quedarte aquí hasta que yo salga.

—Willy, vamos dentro. Aunque Katy haya muerto, nos aguarda.

Resuelta anduvo hacia la puerta, abriéndola. Willy la siguió tratando de ocultar el temblor que se apoderaba de sus dedos.

Katy lo era todo para él y si había muerto, la vida ya solo sería un infierno.

—Ah, hola, Lemon, le esperaba.

El superior de Willy era un sujeto de estatura baja pero complexión hercúlea, mostrando una incipiente calvicie que marcaba el paso de los años.

Lemon presentó:

—Teniente Colleman, mi cuñada, *miss* Grace Temperthon, hermana de mi esposa.

—Mucho gusto en conocerla, señorita, aunque creo que ya he hablado anteriormente con usted por teléfono.

—En efecto. Estaba haciendo compañía a Willy, la angustia por la desaparición de mi hermana...

—Sí, sí, ya comprendo —atajó Colleman al tiempo que rehuía la mirada femenina y buscaba las pupilas de Lemon.

Este inquirió:

—¿Está seguro de que es Katy quien han encontrado?

—Ustedes podrán confirmarlo enseguida.

El teniente hizo una seña al empleado vestido de blanco que estaba al cuidado del depósito de cadáveres.

—Acérquense, por favor —indicó Colleman.

Ambos obedecieron y el empleado abrió una de las puertas que, semejantes a un gran frigorífico, aparecían en la pared. Con gesto mecánico estiró del cajón metálico que acababa de quedar al descubierto, produciendo un sonido macabro.

—¿Es esta? —preguntó el teniente con voz segura mostrando el cadáver que habían sacado del interior del conservador.

—¡Katy!

Willy Lemon dejó escapar el nombre de su mujer con un lamento de agonía. Grace comenzó a sollozar silenciosamente.

No había duda. Aquella mujer que esperaba turno zara serle practicada la autopsia era Katy Lemon.

—Sí, teniente, esta es mi esposa. Incluso, las ropas desgarradas eran

súyas, aunque no acostumbraba a ponérselas.

—Bien, Lemon, no desespere. Si su esposa ha muerto, Dios sabrá encontrarle otro medio para resarcirle de esta pérdida.

—No, nunca volveré a ser el de antes. Mi ilusión por la vida ha terminado con la muerte de Katy que tanto ha significado para mí.

A una nueva señal de Coleman, el empleado tornó introducir en el frigorífico el cajón donde reposaba la muerta.

—Se ha ahogado, ¿verdad? —interrogó Grace sacando fuerzas de flaqueza e intentando ocultar el temblor que en aquellos momentos la dominaba.

—Pues sí —asintió Coleman. —La han encontrado esta mañana en la parte baja del Hudson, aunque suponemos que debió caer al río mucho más arriba y que la corriente de la noche la ha arrastrado hasta el lugar del hallazgo.

—Katy nunca tuvo tendencia al suicidio. Amaba la vida de un modo desesperado.

—Lemon, no ha sido suicidio.

Grace guardó silencio mientras Willy, barajando una nueva posibilidad, inquirió:

—¿Accidente, quizá? Aunque, no lo creo, sus ropas están desgarradas de un modo significativo.

—No —denegó en un principio Tras una pausa, Coleman agregó seguro—: Su esposa ha recibido dos balazos en la espalda. No ha podido ver las huellas de los mismos por hallarse boca arriba.

—¿Asesinada? —preguntaron Grace y Lemon estupefactos.

El teniente los cogió a ambos por los brazos, interponiéndose entre ellos y les empujó hacia la salida.

—Sí, estoy seguro. El forense y yo hemos examinado el cadáver antes de hacerle la autopsia, puesto que el caso de su muerte se presentaba claro. Seguramente, el parte oficial lo tendremos mañana, pero de momento se puede adelantar que su fallecida esposa presenta síntomas de haber muerto ahogada.

—Pero, ¿y los dos balazos? —indicó Willy apremiante.

—Ellos han servido para quitarle cualquier defensa que pudiera oponer al agua. Los dos tiros podrían haber sido mortales, puesto que uno casi se encuentra a la altura del corazón y el otro le ha entrado por la parte posterior del vientre.

—Pero, ¿quién ha podido matar a mi hermana?

—Eso ya lo averiguaremos, señorita Temperthon. Para eso está instituida la organización de la policía, ¿verdad, Lemon? —preguntó el teniente, optimista.

El joven asintió de un modo huraño. Por su mente comenzaron a desfilar los innumerables casos que habían quedado sin resolver. Katy

podía ser uno de ellos.

Sin prestarle en apariencia demasiada atención, su superior continuó:

—En mi opinión, su esposa se hallaba por el muelle cuando un sádico intentó violentarla. Ella huyó cómo pudo, pues sus ropas así lo demuestran y el hombre, viéndose perdido, le disparó varias veces, alcanzándola con dos balas. En ese momento, Katy cayó al agua o fue echada al río por el propio asesino. Yo diría que entonces, inconsciente por las heridas, pereció ahogada. Claro que todo esto no son más que suposiciones. No obstante, sería interesante me respondiera a una pregunta que le ruego perdone de antemano por su dureza, pero las circunstancias obligan.

El trío, ya a medio correr, se detuvo. Colleman, sin titubeos, espetó:

—¿Tenía su esposa algún amante o motivo para ir vestida con esas ropas por la noche y cerca de los muelles?

Al oír aquellas palabras descarnadas, Lemon palideció. Luego, como si un iceberg se hubiera introducido en su corazón, respondió con una segura frialdad.

—No, yo no tenía conocimiento de tales asuntos. Además, no considero a Katy capaz de ello. Pero una cosa voy a prometer: Al asesino de Katy le haré sentar en la silla eléctrica, cueste lo que cueste.

Colleman bajó la cabeza, pensativo, y siguieron caminando hasta la puerta donde el sonido estridente de una sirena rasgaba el aire, anunciando una nueva tragedia en el seno de la gran ciudad neoyorkina.

CAPÍTULO IV

Willy Lemon, hundido en la butaca de su despacho en la veintisiete estación de policía, meditaba con actitud hosca.

Su perfil duro y masculino se hallaba contraído por los miles de pensamientos que bullían en su mente. De improviso, sonó una voz.

—¡Déjenme, yo no he hecho nada, yo no sé nada, nada!

El recién llegado chillaba más que gritaba. Conducido por dos agentes uniformados, de presencia fornida, fue puesto en presencia de Lemon que preguntó:

—¿Qué ha hecho?

—Sargento, hemos detenido a este tipo en los muelles del norte del Hudson River. Hemos creído que...

El policía que comenzara a hablar se vio interrumpido por la voz aguda del detenido que arguyó vehemente:

—¡Sargento, yo no he hecho nada, absolutamente nada! ¡La han tomado conmigo, se lo digo yo!

—Pero usted, ¿quién es? —inquirió Willy tranquilo, un tanto ausente del momento que vivía.

La figura de Katy, en el depósito de cadáveres, no se había borrado de su pensamiento.

—Me llamo Low Silver.

—«The Hog» (*El cerdo*.) —agregó uno de los agentes.

Con sonrisa irónica, Willy dijo:

—¿«Hog»? No le conocía todavía.

—¡Soy un honrado ciudadano, pago las contribuciones y...!

—No sigas, simplemente quiero saber por qué te llaman «Hog».

El agente que parecía llevar la voz cantante explicó:

—Mi sargento, a este tipo ya lo conocía. Por lo visto, a esta estación no lo habían traído nunca, pero en la trece, donde yo estaba antes, ya lo conocíamos.

—Vaya, Silver, al parecer ya has sido cliente de las celdas que el Estado pone a disposición de los delincuentes.

«Hog» se puso rojo como la grana e intentó disculparse.

—Todos podemos pescar una borrachera, eso no es ningún mal, pero no he hecho nunca nada grave.

Lemon pareció despertar un tanto de sus preocupaciones. Aquel hombre comenzaba a interesarle. A simple vista podía catalogarse como un delincuente procesional. Con ojos interrogantes miró al agente y preguntó:

—Miller, dígame todo lo que sepa acerca de este individuo y por qué razón lo han traído aquí.

—Low Silver, «the Hog», tal como se le conoce en el mundillo del

hampa, ha estado encarcelado no solo por borracheras, si no por violación de mujeres.

—¡No, yo no he hecho eso nunca, no lo han probado! —chilló desesperado al percatarse de que la faz del sargento se endurecía por segundos.

—Continúe, Miller.

—Tal como él ha dicho, no se le han podido probar esos actos. De lo contrario, ahora estaría tras unas buenas rejas, pero a pesar de ello todo el mundo le sabe culpable. En la estación trece esperábamos con ansia conseguir pruebas para encerrarle para siempre. Si hubiera visto como dejó a una joven de dieciséis años...

—¡Mentira, mentira!

—Cállate —ordenó Lemon seco e imperativo.

Low Silver enmudeció, asustado. Acababa de darse cuenta de que ante él se erguía un enemigo insobornable.

Ante el silencio de su compañero, Miller siguió relatando cuanto sabía.

—Como han dado la orden de investigar en los muelles del Hudson River acerca de su esposa...

—¿Cree que este tipo tiene algo que ver?

—Las circunstancias de la muerte de su esposa y los antecedentes de Silver, me obligan a pensar que sí. Aunque me equivocara, nunca vendría mal un interrogatorio

Al oír que la víctima del delito que se le imputaba, oficiosamente, era la esposa del sargento, Low Silver sintió miedo y notó que sus piernas temblaban.

El rostro de Willy Lemon se había tomado para él en la cabeza de una fiera presta a saltar sobre él al menor movimiento.

—¿Hay alguna prueba que pueda señalarle?

—Aparte de sus antecedentes como sádico, le hemos encontrado encima una «Luger» que es esta.

El agente Miller dejó la pistola sobre la mesa. Lemon quedó como hipnotizado mirando el arma. En voz baja, para sí mismo, comentó:

—Una «Luger»... Con esta arma u otra similar mataron a Katy por la espalda.

Willy pasó la pistola de una mano a otra. Después, interpeló al detenido.

—Bien, espero que podrás darnos una coartada que te exima de los cargos con que voy a acusarte.

—¡No tiene pruebas, no las tiene! Además, quiero un abogado, tengo derecho.

Sin hacer caso de sus exclamaciones, Willy Lemon se levantó de la butaca y con la faz casi desencajada por el odio acumulado contra el asesino de Katy, silabeó:

—Tendrás que explicármelo todo antes de que te deje llamar a un abogado. Si has sido tú el asesino que busco, te aseguro que haré que te fríen en la silla. Vamos tras un sádico y por lo visto tú tienes fama de ello. Sólo por eso ya debería aplastarte como a una cucaracha, sin esperar a acumular pruebas.

—¡Yo no he sido, yo no he sido, quiero un abogado!

Silver protestaba balbuceante, comprendiendo que Lemon ansiaba encontrar un culpable a toda costa.

Mas su voz se quebró al recibir un directo en plena boca lanzado por el sargento como un ariete demoledor. «Hog» dio unos traspiés y perdiendo el equilibrio dio con su cuerpo en el suelo.

—¡Sargento, esto, no, no...!

—Es que a este hombre, a pesar de todo, le asisten unos derechos que no pueden pasarse por alto.

—¡Le he dicho que se calle! —cortó Willy enérgico. —Como no está el teniente Colleman, yo mismo me encargaré de este interrogatorio. Salgan fuera y déjenme solo con este tipo. Creo que esta vez ha dado con la horma de su zapato.

Silver, aún en el suelo, vio con pánico como los dos agentes salían del despacho, dispuestos a dejarle solo y a merced de Willy Lemon.

—¡No, no me dejen aquí! ¡No pueden maltratarme, soy un contribuyente, no pueden pegarme!

Sus súplicas y protestas se perdieron en el aire. Los policías, haciendo caso omiso de ellas y obedeciendo la orden del sargento, abandonaron la estancia cerrando tras de sí.

Una vez solos, Lemon se acercó pausadamente a «Hog».

—¿Qué hiciste anteayer por la noche?

—No me acuerdo.

—¡Pues para que recobres la memoria, encaja esto!

Lemon propinó un punterazo en la pierna de Silver que se revolcó por el suelo chillando de una forma que hacía honor a su apodo.

—¡Te aseguro que me lo vas a explicar todo, incluso hasta lo que pasó el día que naciste!

—¡No, no me pegue, no, yo no he hecho nada!

—¡Si comprobamos que las balas que mataron a Katy proceden de esa pistola, ni el mismo diablo te va a librar de la silla eléctrica. Pero antes de que se haga el informe de balística, tú me habrás contado todo lo que sabes, te lo juro!

—¡No sé nada, soy inocente! ¡No puede retenerme aquí, lo denunciaré!

Willy sarcástico contempló a Silver que aún permanecía en el suelo y objetó:

—Estás equivocado, «Hog» ¿Tienes acaso licencia de armas para poder llevar encima esta «Luger»?

Silver quedó cortado. Lemon tenía en su mano un motivo delictivo con el que encerrarlo sin contemplaciones, formándole juicio por tenencia ilícita de armas. Medio tartamudeando replicó:

—No, no, esa pistola no es mía, lo juro. ¡Se lo juro por mi padre!

—No nombres a tu padre, que él no tuvo la culpa de tener un hijo como tú.

—Esa pistola no es mía —reiteró.

—Ah, ¿no? ¿Te empeñas en negar la evidencia? ¿Quieres que llame al agente Miller? Creo que él te la ha encontrado encima.

Silver vio demasiadas preguntas en las palabras del sargento y se había hecho el firme propósito de negar. Vehemente replicó:

—¡No es mía, yo la tenía encima, pero no es mía!

—Si no es tuya, ¿de quién es? Vamos, explícate antes de que tus huesos crujan.

—Yo, yo la robé, pero no sé a quién... ¡Le juro que no es mía!

Con el tono mordaz que había adoptado y escondiendo dentro de sí un odio feroz hacia el delincuente por saberle un sádico y pensar que Katy había sido víctima de uno de ellos, Lemon concretó:

—Vaya, vaya, ahora no te puedo encerrar solo por tenencia ilícita de armas, sino también por robo.

Apoyándose en la pared, Silver logró ponerse en pie y escupió más que dijo:

—¡Usted me odia porque cree que he matado a su esposa, pero yo no he sido!

—Entonces será otro como tú, de tu misma calaña el que la mató...

Las palabras de Low Silver habían encolerizado al policía, que con ciego furor castigó con los puños el hígado y estómago de «Hog». Este no pudo defenderse debido a la fuerza y agresividad de Lemon.

—Espero que todo esto te ayudará a pensar sobre lo que te conviene

Willy retrocedió unos pasos. Algo más calmado, alcanzó la cajetilla de cigarros. Extrajo uno de ellos y poniéndolo entre sus labios le prendió fuego con una cerilla.

Displicente, dio luz al foco de la mesa y lo movió hasta dar de lleno con el rostro de Silver que parpadeó ostensiblemente.

—¿Qué, te decides a hablar o continúo la sesión? Te advierto que esto solo es el principio del interrogatorio. Sé de sobras que el tercer grado está prohibido y me desagrada profundamente emplearlo, pero contigo no voy a tener compasión.

—¡Le repito una vez más que no he hecho nada! —arguyó «Hog» con voz patética.

Willy se percató de que, moralmente, el detenido acababa de hundirse.

—Confío que no me obligarás a emplear los puños de nuevo. Ahora, explícame qué hiciste anteayer por la noche.

Low Silver, delgado, bajo de estatura, ojos rojizos y grandes bolsas bajo ellos, a pesar de no haber llegado todavía a la cuarentena, explicó sin levantarse del suelo y con voz mecánica, sin entonación:

—Anteayer por la noche estuve en los muelles, como siempre acostumbro a hacer

—¿Qué hacías allí?

—Hago favores a los patrones de las embarcaciones.

—Ya, eres un intermediario

—Sí, pero nada sucio —respondió «Hog» con énfasis, a pesar del mal estado de su cuerpo y el aspecto grotesco que ofrecía en el suelo, descansando su espalda contra la pared.

Willy no se compadeció de él y siguió:

—Bien, continúa, te escucho.

—Luego bebí. Soy un poco aficionado a la ginebra y no recuerdo nada de esa noche.

—¿Y cuándo estás borracho sueles cometer tus fechorías?

—¡No! Acostumbro a ir a beber al «Ninety-two Club». Me conocen y cuando me embriago me dejan dormir en un diván hasta el amanecer. Allí pueden probar que estuve durmiendo.

—Hum, no me fío de la palabra de los delincuentes. Pudiste matar a Katy antes de emborracharte.

—No, no lo hice; además, tampoco podía.

—¿Y por qué no pudiste? ¿Qué fue lo que te lo impidió?

Desde el suelo, Silver señaló con su índice la pistola que aparecía sobre la mesa.

—Aún no la tenía en mi poder y usted ha dicho que mataron a Katy, o como se llamara su mujer, con esa pistola.

—No tenías la «Luger» en tu poder, ¿y cómo te apoderaste de ella?

—Fue ayer, en el «Ninety-two Club». Allí no hay segregación racial. Está ubicado cerca de la confluencia el Harlem con el Hudson River.

—No te salgas por la tangente y ve al grano, no quiero perder tiempo.

Hallándose ante el dilema de ir a parar a un juicio que podía conducirlo a la silla eléctrica o pasar unos meses en la cárcel por ladrón, Silver optó por esto último y declaró:

—Siempre he tenido ilusión por poseer una pistola, Como he estado en prisión, no se me permite llevar armas y ayer por la noche se me presentó la ocasión de coger esa maldita «Luger». Ojalá no la hubiera visto nunca y no me vería ahora metido en este lío.

—¿A quién se la robaste?

—Vi una cazadora de piel. Era de un negro por el olor que despedía, me di cuenta de ello enseguida. Al pasar por el lado, le di un golpe con la rodilla y noté que algo pesado colgaba de su interior. Como el negro estaba bailando, me fue fácil hacerme con ella.

—¿Cómo se llamaba ese negro?

—No sé, no recuerdo.

—¡Si quieres que te refresque la memoria te aseguro que lo haré muy complacido!

Willy avanzó con gesto amenazador, pero «Hog» se apresuró a decir:

—Kasius, creo que se llama Kasius.

—Pienso comprobar cuanto me has dicho, y si has mentido, te aseguro que no voy a darte tiempo ni para rezar.

Apenas pronunciadas aquellas palabras de amenaza, la puerta del despacho se abrió y en su umbral apareció la figura del teniente Coleman.

—Buenas noches, Lemon.

—Hola, teniente.

Coleman entró con los labios prietos formando una línea fina que demostraba disgusto y resolución. Miró brevemente y Low Silver que seguía en el suelo y antes de seguir hablando con Willy llamó al agente que montaba guardia en la puerta.

—Miller, llévase a este hombre a una celda y que lo atiendan.

Una vez, solos, Lemon intentó explicarse.

—Verá, teniente, no quería pegarle, pero ese hombre.

—Imagino que no quería pegarle, pero lo grave es que lo ha hecho.

—A veces ha tenido que emplearse el tercer grado para que un delincuente confiese.

Con las manos juntas a la espalda y dando unos pasos nerviosos por el reducido enlosado de la estancia Broderick Coleman respondió rápido:

—Pero no para conseguir unos fines particulares.

—¡Ese hombre ha confesado que robó esa pistola además la mantenía en su poder sin el correspondiente permiso!

—No, Lemon, no; no intente ahora excusarse de lo inexcusable. Usted, con su cargo, con su despacho, defiende a la ley y no a unos fines propios. Al pegar a ese hombre no lo ha hecho en nombre de la ley, porque la ley se lo prohíbe. Ha querido tomarse la justicia por su mano y esto es imperdonable.

Lemon arrojó al suelo su cigarrillo a medio consumir. Aplastándolo con rabia arguyó:

—¿Es que hemos de tratar con benevolencia a los delincuentes?

—Hay una Corte para juzgarlos y este no es nuestro cometido. Nosotros solo debemos acumular pruebas que demuestren su delito, nada más.

—Ese hombre ha cometido actos de sadismo incluso con menores, pero nunca se le ha podido probar nada. Hemos de dejar que se salga con la suya por haber obrado con astucia y en la más completa impunidad?

—Lo que hemos de hacer es ser más listos que él, nunca actuar como usted lo ha hecho. Además, ya conoce mi desprecio hacia la violencia. Si siguiéramos ese camino, nos colocaríamos a la misma altura que ellos.

—Entonces ¡abramos las celdas y dejémoslos marchar, para que violen y maten a nuestras hijas, mujeres, hermanas, para que roben y saqueen!

—Comprendo su dolor, pero no disculpo su conducta y basta de discusión.

—Como ordene, teniente. A veces pienso que es usted demasiado blando con esa gentuza.

—Prefiero olvidar lo ocurrido. Anteayer le nombraron sargento, no desee que el principio de este cargo quede apagado por un borrón en su informe. Además, el dolor por la pérdida sufrida, bien merece un descanso.

—¿Un descanso? —repitió Lemon incrédulo, dándose cuenta del significado de sus palabras.

—Se tomará un mes de vacaciones —anunció Colleman despacio—. Se las merece. Cuando regrese, estoy seguro de que será otro hombre.

—Me aparta del caso, ¿no es eso?

—Sí. Continuar en él podría conducirle a la catástrofe profesional. Vea en mi decisión un gesto de amistad.

—Lo siento. No puedo consentir que los asesinos mi esposa anden sueltos por la ciudad.

—Willy, no sea tonto y deje el caso en nuestras manos. Nosotros también sabemos detener a los delincuentes.

Willy Lemon no contestó.

Salió del despacho dando un portazo y manteniendo una férrea decisión en su mente.

Al franquear el umbral de su apartamento le extrañó hallar la luz del *living* encendida. Con sigilo se aproximó a la estancia, abarcándola totalmente con su mirada.

—Hola, Willy, ¿ya estás aquí?

Por uno de los lados del sillón que se hallaba de espaldas al hombre asomó la cabeza pelirroja de Grace Temperthon, que con aire somnoliento por lo avanzado de la hora acababa de saludarle.

—Ah, eres tú. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—Los pensamientos me abrumaban a solas en mi apartamento y he pensado que aquí haría falta una mano femenina, y no me he equivocado. Willy, no debes abandonarte, o los insectos te comerán vivo.

—Gracias por la limpieza y el orden que has puesto en esta barraca, pero ya me hubiera sabido defender contra las cucarachas.

—A tiros tardarías mucho en acabar con todos. Las mujeres somos más astutas y... —Grace interrumpió su aplicación un tanto humorística al percatarse de la gravedad que mostraba el rostro de su cuñado.

Este se dejó caer sobre el sofá y estiró con despreocupación sus piernas sobre él.

—Grace, ¿crees que Katy fue capaz de convertirse en una buscona?

—¡Willy!

Las palabras masculinas, tenues y graves, no parecieron fluir de sus labios, si no de un cerebro atormentado. La reacción de Grace fue en un principio de protesta, más después, haciéndose cargo de la situación y sin ningún reproche, preparó bebida para el hombre que la sorbió ávidamente.

—Grace, eres muy buena, yo no merezco tanto. He llegado a pensar lo peor de Katy, de mi propia esposa, la mujer que más he querido en mi vida.

—No te preocupes más, Willy. Cuando se halle al asesino de Katy, su honestidad saldrá a flote. Sé tan bien como tú que debido a las ropas que llevaba los periódicos de la Prensa «amarilla» han intentado ensuciar su nombre.

En un gesto inconsciente, Lemon apretó el vaso de whisky y este crujió entre sus dedos. El cristal se quebró, desparramándose el líquido por el suelo. Su mano apareció húmeda de sangre y licor.

—Willy, ¿te has hecho daño? —inquirió Grace alarmada.

—¡Los aplastaría a todos, a todos! ¡A los periodistas, a los asesinos sádicos y sin conciencia y hasta a la misma policía por protegerlos!

El hombre rugía en su desesperación. Sus ojos permanecían achicados y no semejaba darse cuenta de que la muchacha, presurosa, se había hecho con el botiquín del cuarto de baño y comenzaba a curarle los cortes

producidos por el vidrio.

—Te ha ocurrido algo, ¿verdad Willy? Esta mañana estabas más, más, no sé cómo explicarme.

—¡Me han dado vacaciones, un mes de vacaciones! Y, ¿sabes por qué?

La joven dejó de limpiar las heridas y clavó sus pupilas en los ojos grises del hombre. Sin decir nada, esperó a que él hablara de nuevo.

—¡Pues para que no pueda castigar como es debido a los asesinos de Katy! Esta noche me han traído a un sádico que por falta de pruebas no ha podido ser condenado anteriormente y que llevaba en su poder una pistola de la marca «Luger», igual a la que utilizaron para matar a Katy.

—¿Y ha sido él el asesino?

Lemon pasó la mano ilesa por su frente, como tratando de arrancar sus pensamientos. De un salto se levantó del sofá, dirigiéndose a la ventana y quedando estático ante ella.

—Lo ignoro, pero él me ha dicho que no. Me ha hablado de un club cerca del Harlem River en su confluencia con el Hudson, pero el teniente Coleman lo ha arrancado de entre mis manos para que ese criminal escape una vez más a la justicia.

—¿Le has pegado?

—¿Tú también?

—Sólo, solo te he preguntado si le has pegado...

—¡Sí, y le volvería a pegar si lo tuviera delante! Es un ser repugnante, hasta dentro del hampa le llaman «hog».

—Ahora comprendo por qué te han dado vacaciones.

—¿Opinas que no debía pegarle?

—Tu cargo de policía no lo permite. Te comprendo, pero estás cegado por el odio. Deja que Coleman busque al asesino y tú tómate esas vacaciones. Tu sistema nervioso te lo agradecerá.

Abandonando su postura frente al ventanal, desde el cual contemplara la avasalladora mole del Empire State, se acercó a la mujer y dijo decidido:

—No voy a marcharme de Nueva York tal como todos pretendéis. Me quedaré aquí para buscar al asesino de Katy. Tengo un mes de tiempo y obraré bajo mi propia responsabilidad.

—Eso es una locura, de cometer algún error perderías tu puesto.

—No me importa. Me he hecho un propósito y cumpliré.

—Eres terco y sé que no voy a lograr que mudes de opinión, pero, ¿se puede saber cómo piensas encontrar al asesino?

Willy se acercó a la mesa y cogió el «New York Herald Tribune». Lo tendió a Grace explicando:

—Este periódico fue lo último que Katy leyó en el apartamento. En este anuncio que ves aquí hay una raya en rojo que lo subraya. Esto lo hizo Katy con su pintalabios, tenía mucha costumbre de utilizarlo para señalar cuanto le interesaba.

Tras leer el anuncio, Grace opinó:

—Sí, es posible que Katy fuera a la casa de modas en demanda de esa plaza de modelo que se ofrece, pero Rockefeller Center está muy lejos del lugar donde la encontraron.

—Eso es solo una pista, pero tengo otra que empieza en el *night-club*. He de hurgar aunque sea en las mismas entrañas de Manhattan, pero ese hombre no escapará.

—Willy, me das miedo.

El sargento Lemon, joven y fuerte, borró de su rostro el odio y la fiereza singular que destellaba en sus ojos y enmarcó una sonrisa de agradecimiento que mortificó a Grace. No deseaba su gratitud.

—Si lo deseas, no debes molestarte por el cuidado de este apartamento. Peor o mejor, podré ir tirando. Ahora es tarde y debes dormir. Te acompañaré con el «Ford», de aquí a Brooklyn hay una buena carrera.

La mujer no se opuso al acompañamiento ofrecido. Sabía que ninguna razón haría desistir a Willy de sus propósitos y que antes preferiría dejar la piel en ellos.

—De acuerdo, pero llévame por Queens y no por Manhattan, se circula mejor.

—Como prefieras

Grace comenzó caminar ante Lemon y este, por primera vez, captó la belleza del cuerpo de su cuñada.

Su talle, las caderas, las piernas largas y perfectas, todo ofrecía una agradable armonía y una atracción extraña que el hombre desestimó a causa del odio y la rabia que le embargaban.

Después de dejar a la joven en su apartamento, conejo su «Ford» azul de un modo instintivo, puesto que u cabeza no dejaba de forjar planes.

Rodó en dirección al Harlem River, pasando por el puente de Williamburg y enfilando después por la Second Avenue.

—Veremos si tengo suerte de hallar en el club a ese negro llamado Kasius. Quizá Low Silver tiene razón, pero de ir mal esta pista seguiré la de la casa de modas.

Sumido en aquellos pensamientos, olvidó el parpadeo de las luces nocturnas, casi menospreciando los semáforos que intentaban frenar su marcha.

El fárrago de los vehículos no conseguían apartarle e sus obsesiones ideas y de este modo no tardó n dar con el club.

—Me llevaré la «Black-steel». Puede hacerme falta, aunque obre por cuenta propia no vacilaré en emplearla.

Comprobó el cargador de la «Browning» a la que denominaba «negro-acero» en tono de simpatía.

Siempre había preferido aquella pistola a cualquier otra, y con ella había logrado disparar los siete tiros en menos de un segundo y medio, lo

que causó el asombro de sus compañeros.

El «Ninety-two Club» ofrecía en su fachada un aspecto lóbrego y sucio.

Sólo unas bombillas de escasa potencia iluminaban el rótulo anunciador, y en uno de sus lados aparecía una foto en blanco y negro muy sucia y manoseada, de una mujer desnuda.

Descendió despacio los peldaños que conducían a la sala sin que nadie se interpusiera ante él.

Una vez quedó bajo el umbral interior que desembocaba en la sala, Willy palpó su sobaquera donde «Black-steel» aguardaba el momento de entrar en acción.

«Casi podría decir que he bajado a una cloaca y no a un club», pensó.

Mujeres de todas las razas pasaban de unas manos a otras, y por su indumentaria se dividían en dos grupos.

Unas llevaban faldas abiertas por el costado hasta una pulgada escasa de la cintura, y las otras lucían medias también hasta el talle, de distintos colores y malla ancha.

—Hola, chico, ¿te sirvo?

Lemon miró por encima de su hombro. A través del vaho denso que llenaba la sala descubrió a la mestiza que, con voz bronca por la bebida, le había interpelado.

—Sí, llévame a una mesa tranquila y cerca de la puerta.

—Oye, ¿qué quieres largarte sin pagar? Te advierto que no estoy aquí por amor al arte y a lo otro.

—No seas tonta, yo sé porqué te he pedido un puesto cerca de la puerta. Por otro lado, si no te interesa, ya puedes irte. Cualquier compañera tuya no tardará en venir a hacerme los honores.

—¡Ni pensarlo! La noche está siendo floja de clientes y no se pueden despreciar. Sígueme.

Willy caminó tratando de sortear las mesas y sillas en la semioscuridad. De cuando en cuando, alguna imprecación delataba que acababa de pisar a alguien.

La mestiza pertenecía al grupo de las «faldas», y su belleza, un tanto ajada, intentaba destacar con cosméticos baratos.

—Esta mesa está cerca de la puerta, aunque hayamos tenido que dar una vuelta.

Willy Lemon se acomodó en su silla y a los pocos segundos se encontró con la pierna desnuda de la mestiza pegada a la suya. Esbozó un gesto de desagrado.

—¿Qué, no soy tu tipo? Por si no has salido con mestizas, te advierto que tenemos lo mismo que las demás.

La voz bronca y cascada de la mujer le asqueó, no por el color de su piel, sino por la podredumbre que ella encerraba.

—Mira, nena, necesito que me digas dónde está Kasius. Viene aquí

todas las noches y...

—¿Es que te has creído que estoy aquí para hacer de cicerone? ¡Para que lo sepas, te diré que estoy esperando a que te comportes como un hombre!

La protesta viva y vehemente de la mestiza no logró irritar al sargento que, acostumbrado a tratar con mujeres de aquella índole, extrajo un par de billetes de diez dólares y se los mostró.

La mujer abrió los ojos y sonrió complaciente tras expulsar una bocanada de humo de su cigarrillo.

—Son tuyos si me ayudas. Ya ves que es más fácil ganarlos de esta forma que de la otra. La compañía no siempre es agradable.

—Pero tú sí eres mi tipo. Un poco finolis, pero me gustas.

La mujer estiró su mano con celeridad felina, tratando de coger el dinero, más Lemon, prevenido, lo quitó de su alcance.

—No, no corras tanto. Diez «pavos» si me dices dónde está Kasius y veinte si me lo traes aquí.

—Y si lo encuentro, ¿qué le digo para que venga Te advierto que tiene muy malas pulgas.

—Cualquier pretexto bastará. Dile que soy una amiga que le quiere proponer un negocio y no te equivocarás

—Oye, ¿tú eres un «poli» o qué?

Willy sonrió en aquella semioscuridad. Sabía que ella le veía perfectamente, pues estaba acostumbrada

Miró con desenfado el exagerado escote de su acompañante y entre ingenuo y sarcástico preguntó:

—¿Crees que soy un polizonte?

—Puaf, una no se puede fiar de nadie, aunque tú me pareces un sinvergüenza con cara de buen chico y perdona la franqueza, pero es que aquí todos somos del mismo sindicato.

—Después de todo, me haces gracia. Cuando haya hablado con Kasius vendré y preguntaré por...

—«Fungus» (2). Me llaman así desde un día que bebí demasiado y estuve un par de horas sentada en una silla con paraguas abierto.

(2) *Seta*.

—Bien, pues preguntaré por «Fungus». Ahora recuerda que hay veinte dólares que esperan.

—No sé si lo encontraré, pero haré lo que pueda.

La mestiza apodada «Fungus» se levantó, y con movimientos voluptuosos comenzó a buscar entre las mesas. Debido al aire viciado del ambiente, Lemon la perdió pronto de vista y se limitó a aguardar.

«Si ese tipo está aquí, vendrá. Él no me conoce aunque es lógico que sienta cierto recelo».

Haciendo un cálculo de opiniones, Willy Lemon sintió como sus pupilas

se deslumbraaban por unos instantes al encenderse unos focos que iluminaron una reducida pista enclavada en la pared frontal.

Un terceto, compuesto por un saxo bajo, un trompeta y un piano, comenzó a desgranar unas notas del más puro *jazz*.

«Será el momento del *show*. Mientras «Fungus» no tarde en encontrar a Kasius...»

En la espera, Willy tuvo que presenciar un número de «streep-tease» realizado por una muchacha asiática, aunque no pudo discernir si era china, japonesa u otra cosa.

Lo cierto es que el número en cuestión le salió bastante vulgar dentro de aquel tipo de ambientes. El de la desgraciada Merry «la platino» era más atractivo.

—Oye, chico, los veinte pavos. Aquí te traigo a Kasius.

Lemon trató de escudriñar la penumbra y miró al negro que se erguía ante él.

Su cabeza, completamente rapada, no inspiraba risa, sino una sensación de extraña fuerza. Mediría unos siete pies de estatura y su complexión hercúlea se adivinaba por entre la camisa abierta.

—¿Qué, amigo? ¿Me buscabas?

—Sí, tengo un negocio que proponerte —respondió Willy al tiempo que elevaba con su izquierda los dos billetes prometidos, que Fungus se apresuró a coger.

—¿No me necesitáis para nada? —inquirió la fémina—. Os advierto que con cualquiera de los dos me sentiría muy a gusto.

—Anda, lárgate, ya has cobrado.

—Está bien —refunfuñó de mal talante desapareciendo en busca de nuevos clientes.

Por su parte, el negro seguía en pie y respondió a la pregunta formulada anteriormente por Willy.

—Lo siento, amigo, no tengo ningún negocio que tratar contigo.

—Yo te aseguro que sí, y te advierto que hay buenos dividendos a cobrar.

—¿Has dicho que hay pasta a ganar? —inquirió Kasius ya más interesado, pero todavía indeciso.

Willy trató de estimular su codicia.

—Se trata del desembarco de una motora.

—¿Y qué hay que desembarcar, amigo?

—Si te interesa, vente conmigo. Llega dentro de una hora y me hacen falta brazos. Alguien que ya no recuerdo me habló de ti y...

—Está bien amigo, pero como se trate de una broma de mal gusto, te acordarás durante toda tu perra vida de quién es Kasius.

—Salgamos y te explicaré.

Lemon se alzó de la silla e invitó a pasar delante, al negro, pero este le

indicó con una sonrisa:

—No, tú delante.

Y Willy Lemon, seguido por Kasius, abandonó el «Ninety-two club».

Willy condujo a Kasius, que más parecía un gigante que un hombre, por el interior de un callejón sórdido y mal iluminado del norte de Manhattan.

—¿Adónde me llevas por aquí, amigo?

Lemon, con movimiento estudiado y repentino por su efectividad, dio media vuelta sobre sí al tiempo que empuñaba su «Black-steel».

La acción sorprendió al negro completamente y quedó perplejo por unos instantes.

—Ahora me vas a explicar unas cuantas cosas —silabeó Willy.

—De modo que solo se trataba de una trampa, ¿eh, amigo? —rezongó Kasius irónico, pero seguro de sí.

—Sí, y espero que serás buen chico y responderás a cuanto te pregunte. De lo contrario, le daré gusto a mi dedo. Es preciso que te diga que para él es una tentación apretar el gatillo.

A pesar de la atenta vigilancia del sargento, y exponiéndose a que este disparase, Kasius lanzó un puñetazo en el plexo solar del joven que lo proyectó contra la pared enladrillada y húmeda, haciéndole proferir una exclamación seguida de una imprecación.

—¡Ahora te voy a enseñar quién es Kasius!

Willy evitó disparar. Quería a aquel hombre vivo, y un reflejo instintivo se percató de que el puño del gigante avanzaba como una catapulta en dirección a su rostro.

Esquivó el directo con una finta y la pared quedó manchada de sangre al estrellarse contra ella la mano de Kasius con fuerza demoledora.

—¡Cuidado, «boy», que la pared es más fuerte que tú! —ironizó Willy un tanto jadeante, pues escapar, las manazas de Kasius le había costado un buen esfuerzo.

Luego, sin piedad, movió en forma de molinete su mano armada y descargó el cañón de la «Browning» sobre el rostro del negro. Este hincó sus rodillas en el suelo, aturdido por el golpe, mientras se llevaba las manos a la cara.

—¿Qué, negrito, deseas que continúe la sesión?

Kasius apartó sus manos de la faz ensangrentada y miró a Willy con un odio intenso, terrible, que no hizo mella en el «G-men».

Lemon mantuvo la automática con más precaución que lo hiciera anteriormente.

—¿Qué quieres, amigo?

—Eso está mejor, Kasius. De este modo nos entenderemos bien.

El gigantesco negro se puso en pie pasándose la manga por el rostro sudado y manchado por el castiga inferido por Lemon.

—Ayer te robaron la «Luger», ¿verdad?

—Ah, fuiste tú el «rata»...

—Cuidado con los apelativos. Estoy de mal humor y luego me molestaría haber acabado tan pronto contigo.

Kasius, amenazado por la automática, quedó de espaldas entre dos paredes que formaban ángulo sin ninguna posibilidad de escapar.

—Yo no fui el que te robó, pero sé dónde está tu «Luger».

—Eres un maldito polizone, ¿verdad?

—No, solo trato de averiguar una cosa que me interesa.

—Lo malo será que lo que haces ahora luego te pesará.

Con sus pupilas oscuras, Willy escrutó el rostro de Kasius. Veía tras él una voluntad férrea y un valor poco común ante las reyertas. Quizá es que estaba acostumbrado a ellas, pensó. Después, acusó verbalmente:

—Tú mataste a una mujer por la espalda con tu pistola.

—¿Yo? Habrá sido el que me robó la pistola.

—No, has sido tú, porque te robaron la «Luger» ayer y la mujer fue asesinada anteayer.

—¿Anteayer? No sé cuando me robaron la pistola, no me he dado cuenta hasta hoy.

—¡Mientes! —gruñó Willy clavando el cañón de su pistola entre los tendones del cuello de Kasius.

Este lanzó un quejido de dolor. Luego, Lemon retiró la «Browning» y el semblante del negro adoptó una mueca grotesca.

—Todos mis compañeros también tienen pistolas «Luger».

—¿Tus compañeros? ¿Quiénes son?

—No, no puedo hablar. Me matarían.

La voz quejumbrosa del negro imploraba, pero Willy no quería perder tiempo ahora que creía tener en su mano el cabo del hilo que le conduciría a la organización criminal que asesinó a Katy sin contemplaciones.

Con la izquierda propinó un gancho a Kasius que hizo rebotar su cabeza contra el muro.

—¡Habla o seré yo quien acabe contigo y te aseguro que no tendré piedad!

El negro miró con odio terrible a su adversario, pero sabiéndose por completo a su merced, extendió la mano. Señaló con su índice el final del oscuro callejón.

—Allí tenemos el lugar de reunión...

Willy trató de escudriñar las sombras en su loco afán por acabar con aquella banda de *gangsters* que iba tomando forma ante sus ojos.

De pronto:

—¡Mald...!

No pudo concluir la imprecación. Un puñetazo en la nuca, propinado con rabia y desesperación, lo derribó al suelo.

Kasius lo había hecho caer en una trampa burda, propia para novatos,

pero que él, en su ceguera de venganza, no había advertido.

Los pasos del negro, en su loca huida, resonaron en la soledad del callejón. Willy se revolvió como un animal herido y con su «Black-steel» entre las manos disparó buscando el cuerpo del hampón.

—¡Detente, perro!

Kasius hizo caso omiso de su advertencia y siguió corriendo zig-zagueante y deseoso de ganar el final de la calleja.

—¡Tú lo has querido!

Willy disparó consecutivamente las siete balas del cargador, tratando de acertar en las piernas del huidizo.

—¡Ya te acerté, maldito!

Cuando ya había alcanzado el término de la arteria, Kasius quedó frenado. El plomo vomitado por la «Browning» se hundió en su pierna, haciéndole dar unos traspiés.

Desplomóse luego y cogió con ambas manos su pierna herida, comenzando a lamentarse en una lengua que Willy desconocía.

—¡Ahora veremos si hablas o no! Aunque te tenga que arrancar la piel a tiras, me lo vas a contar todo. Creías haberte librado de mí, pero te has equivocado...

Empuñando todavía la automática. Lemon hacía balancear su torso debido al cansancio y los golpes propinados por Kasius. Se aproximó a este que seguía en el suelo, mirándole con el terror impregnado en los globos de sus ojos.

—¿Qué, me explicas quiénes son tus compañeros, lo que hacéis entre todos y quién fue el que mató a Katy, a mi mujer? ¡Habla, perro!

Lemon no tenía freno en su cólera. No era normal en él reaccionar de aquella forma, más su instinto de fiera salvaje había sido despertado.

Sin piedad, dio un puntapié en la cabeza del negro que profirió un aullido similar al de los coyotes.

—¡Vamos, que se me acaba la paciencia!

El sargento quedó cortado por unos instantes. Veía en el rostro de Kasius unos aspavientos que superaban al terror que antes sintiera.

En la tenue luz que se proyectaba en la calzada adoquinada aparecieron unas sombras.

—¡No he dicho nada, no he dicho nada! —gimió Kasius.

Willy alzó la vista y vio a cuatro hombres obstruyendo por completo el callejón.

Siniestra, silenciosamente, avanzaban hacia ellos. Dos eran blancos, uno mestizo y el cuarto negro, de la misma complexión que Kasius.

—Vosotros sois los compinches de Kasius, ¿eh?

—Y tú vas a ser pronto amigo de los gusanos, porque te vas a pudrir en su compañía —contestó uno de los blancos y que parecía ostentar el mando de los otros tres.

—¡Pues entre todos me vais a explicar unas cuantas cosas que quiero saber! ¡De momento, os advierto que si dais un solo paso más, os convierto en coladores humanos! —amenazó Willy mostrando su «Black-steel».

Pero aquellos *gangsters* no parecieron intimidados por el arma y lo único que hicieron fue tomar precauciones aplastándose contra las paredes y buscando protección en las sombras.

En el suelo, yerto, Kasius seguía excusándose:

—Me ha disparado, pero no le he dicho nada, nada, os lo podéis creer.

—Calla, estúpido —apostrofó Willy—. Tú, igual que tus compinches, te freirás en la silla por la muerte de mi esposa y por los otros delitos que habéis cometido.

De pronto el mestizo, jugándose la vida, corrió hacia Willy con el deseo de derribarlo y desarmarlo a un tiempo.

—¡Ten, imbécil, tú serás el primero en marchar al infierno!

Willy apretó el gatillo dos veces consecutivas. De pronto, sintió como millares de icebergs pululaban por el interior de sus venas, helándole la sangre.

El percutor había golpeado en el vacío. Su pistola no tenía proyectiles.

—¡A por él, que es nuestro! —gritó el blanco que hablara anteriormente.

Todos comprendieron que Willy estaba desarmado.

—¡Ahora verás, entrometido!

El mestizo proyectó los nudillos de su puño, intentando alcanzar el rostro de Willy, pero este, haciendo una finta con su cuerpo, esquivó el golpe clavando a un tiempo el cañón de la pistola en el estómago de su contrincante.

—¡A ver si le gusta el acero a tus tripas.

El mestizo lanzó un gruñido que precedió a un espumarajo de dolor mientras daba un brinco en el aire. Después, cayó pesadamente sobre los adoquines.

—¡Vamos, muchachos, hay que reducirlo a la impotencia! ¡Clare deseará interrogarlo!

A Willy, el nombre femenino de Clare le intrigó, pero el momento no era propicio para hacer averiguaciones, debía luchar con todas sus fuerzas.

Sin embargo, estaba seguro de que contra todos no iba a poder, sus fuerzas ya estaban menguadas. Se le ocurrió que si se dejaba coger mientras les hacía creer que su intención era huir, acabarían por conducirle ellos mismos a su guarida.

Por ello, emprendió una carrera similar a la que antes efectuara Kasius.

—¡Que no escape, si no os despellejo a todos! —vociferó el blanco que parecía el jefe.

—¡Calla, hijo de perra! —escupió Lemon al pasar cerca de él mientras hundía su pistola en la sobaquera, guardándola.

—¡Ya eres mío! —gritó triunfal el segundo negro, llamado Kafka.

—¡Te equivocaste, negrito!

A pesar de los impactos recibidos, Willy mantenía su cabeza serena y por ello pudo zafarse de la presa de Kafka, golpeando con su talón el bajo vientre de este que comenzó a maldecir. De no apoyarse en la pared, también habría acabado rodando por el suelo.

¡Al librarse de Kafka, Lemon intentó avanzar de nuevo. Cuatro hombres y un herido eran demasiado para él.

De pronto, lo vio todo rojo y sintió como las sienes querían aplastarle el cerebro. Acababa de recibir un puñetazo en pleno rostro, propinado por Rooney, el segundo de, los blancos.

—¡Ahora no puede escapar, duro con él! ¡Hay que darle su merecido por los golpes que él ha dado!

—No me cogeréis, malditos! —rugió Willy dando unos traspiés y medio aturdido por el formidable impacto que acababa de encajar.

De haber tenido la testa menos dura, lo hubieran dejado K. O.

—¡Kafka, sujétalo! —ordenó Percy, el jefe de aquellos tipos que parecían querer acabar con Willy.

Este se sintió sujetado por la espalda, en una presa hecha a sus brazos.

—¡Vamos, mestizo, ponlo tierno!

El mestizo, que aún se dolía del estómago, rio siniestramente. Se colocó ante Lemon y comenzó a golpearlo salvajemente en el rostro y el cuerpo.

—¡Venga, dale más, que parece que le gusta!

El sargento sentía violentas contradicciones en su ser, aunque ya no experimentaba el dolor de los golpes. Sus cejas partidas dejaban fluir la sangre que bañó sus ojos, haciéndoselo ver todo rojo.

—¡Basta, parece que ya ha recibido bastante, no interesa acabar con él! Clare querrá interrogarlo.

Sujeto todavía por la espalda, medio inconsciente, Lemon observó como el mestizo, sardónico, cejaba en su castigo. Sacando una fuerza inusitada de sus músculos y apoyándose en Kafka, desplazó la puntera de su zapato hacia el rostro del mestizo.

—¿Qué...? ¡Aaaaaah...!

El rugido quedó truncado al partírsele la lengua y romperse el maxilar. Lemon acertó con su potente patada.

—¡Roony, dale tú una segunda sesión! ¡El mestizo va a tener que descansar durante unos días!

—¡Suéltame, maldito!

Lemon hizo lo imposible por librarse de Kafka que lo mantenía sujeto. Le pisó los dedos de los pies, pero el negro parecía resistirlo todo y no soltó su presa.

Roony, que por su aspecto semejaba un ex boxeador: fracasado de los pesos pesados, comenzó a castigarle más científicamente.

—¡A mí no me harás lo que al mestizo! ¡Verás los angelitos como cuando eras un «baby»!

Willy solo pudo ver la nariz rota de Rooney durante escasos segundos. Después, los ojos se le cerraron.

Cada punto débil de su cuerpo era alcanzado con marcado sadismo por los puños enormes y demoledores de Rooney.

—¡Parece que ya no se aguanta! —objetó Kafka reparando que las piernas del «G-men» se doblaban como las de un muñeco de guiñol al que hubieran cortado los hilos.

—¡Suéltalo!

Kafka obedeció y Willy, inconsciente por completo debido a la paliza, quedó hecho un ovillo a sus pies.

En el callejón se dejaban oír los lamentos de Kasius y el mestizo. El sargento Lemon había sucumbido, pero no sin hacer pagar muy cara su derrota.

CAPÍTULO VII

El «Mercury» de color verde, descapotable, aunque en aquellos momentos la lona estaba subida, era conducido por Percy.

Aparcó frente a la escalerilla del «Eolo» que allí anclado y sucio de aspecto, no se diferenciaba demasiado de sus compañeros de muelle.

—Hay que subir a Kasius y a ese tipo a bordo, sin llamar la atención.

—Percy...

—¿Qué quieres ahora, Kasius? ¿No te parece que ya has causado demasiadas dificultades? Clare no va a dedicarte demasiadas alabanzas, si eso es lo que pretendes.

—Te juro que no le he dicho nada. Él me dijo que era el marido de la chica que Kafka mató la otra noche.

—¡La liquidé porque a ti se te ocurrió ir a hacerle una visita! Sabes bien que la mercancía no se puede tocar —protestó Kafka mirando a Kasius con odio, ya que este había intentado apuntarle a él como culpable de lo ocurrido.

—Ya está bien. Y tú, Kasius, ¿qué querías?

—Verás, creo que puedo subir al «Eolo» por mí mismo...

—Si te caes, llamarás la atención.

—Trataré de sujetarme a la barandilla.

—Está bien, sal el primero, pero recuerda que la «Luger» con silenciador de Kafka la voy a sostener yo y en el momento que des un traspié te envío al infierno. Ya nos causado demasiadas molestias por ser tan sátiro.

—No, no lo haré más, procuraré... —protestó débilmente Kasius.

Pero Percy, ante el mutismo de los demás, ordenó imperativo cortando sus súplicas:

—Vamos, sal, que se nos va a hacer de madrugada esperando.

Kasius abrió la portezuela del «Mercury» y saltó al muelle cojeando visiblemente de su pierna izquierda, mordida por el plomo de Willy.

Hizo titánicos esfuerzos para parecer normal y ascendió las escalerillas transpirando copiosamente.

Sus ropas quedaron empapadas con el frío y hediondo sudor que despedía su cuerpo sucio y maloliente, pero logró su propósito y desapareció por la cubierta del «Eolo».

—Bueno, ese imbécil ya ha subido. Ahora tú mestizo y cuando estés arriba ve al botiquín, veremos que se puede hacer en tu boca.

El interpelado, con el rostro contraído por el dolor, asintió con la cabeza, pues Lemon lo había dejado mudo para siempre.

Salió del auto ascendiendo también al paquebote en cuya cubierta vigilaba atento uno de los *gangsters*.

—Ahora, vosotros dos envolved al tipo ese con una manta y lo subís al barco como si se tratara de un fardo.

—Kafka, cógelo por los pies y yo lo cogeré por los hombros —indicó Rooney.

El negro asintió, pero cuando ya tenía en el asiento posterior a Willy envuelto en la manta, Percy los detuvo.

—Esperad. Yellowman está avisando desde cubierta con la señal convenida que se acerca un polizonte.

Roony y Kafka miraron hacia lo alto y observaron una lucecita roja, casi insignificante, que oscilaba en sentido horizontal.

—Por allí delante se aproxima uno de la Metropolitana —musitó Percy mirando a través del cristal frontal.

En efecto, un policía vigilante, pero con aspecto indolente y haciendo balancear su porra, se acercaba a ellos con la mayor naturalidad del mundo.

—Percy, ¿qué hacemos con este tipo? Si lo ve, estamos perdidos

—No hables, imbécil. Estiradlo en el suelo, debajo del asiento, y poned los pies encima. Tomad esta botella y haced los borrachos.

Percy les tendió una botella que sacó de la portezuela del «Mercury». Él, por su parte, desdobló un periódico y comenzó a leerlo.

El agente llegó a su altura y saludando aproximó su rostro a la ventanilla, tras la que Percy simulaba leer.

—Buenas noches.

—Ah, buenas noches.

Percy pareció sorprenderse y el policía inquirió:

—¿Qué hacen estacionados aquí a estas horas?

Percy respondió sin vacilar mientras Rooney y Kafka bebían.

—En el centro de Manhattan hay mucho tráfico y hemos subido hasta aquí para estar tranquilos.

El policía pestañeó. Aquella respuesta no le convencía. El sonriente Percy agregó:

—Es que mis compañeros han, tomado un poco más de la cuenta y como uno de ellos es negro, ha sido mejor traerlos hasta aquí para que no hagan ninguna tontería.

—Bien, cada loco con su tema. Si desean permanecer en este lugar, pueden hacerlo, pero si causan algún alboroto, tendré que llevarlos a la estación de policía.

—Descuide, seremos buenos chicos.

—Así lo espero —contestó el agente dando una última mirada al negro y a Rooney, pero sin alcanzar a ver el suelo del coche donde yacía Willy. Después, desapareció en su paseo.

—Tenéis que trabajar rápido. Ese policía puede volver y seguramente Clare se estará impacientando.

—Vamos, Kafka, cógelo por los pies —ordenó Rooney.

Envuelto en la manta, Willy Lemon fue ascendido por la pasarela del «Eolo».

Desde la cubierta, Yellowman seguía vigilando y Percy, en el «Mercury», hacía otro tanto.

—Bueno, a ver qué opina Clare de todo esto y qué es lo que piensa hacer con este tipo. Seguro que va a parar al tubo, pero veremos si consigue hacerle hablar antes, aunque me temo que este tiene mucho aguante —murmuró Percy.

Se colocó la chaqueta con elegancia y bajó del automóvil con naturalidad y despreocupación. Luego, subió por la escalerilla como si lo hiciera a un yate de lujo.

—¿Está Clare, verdad?

—Sí, hace rato que espera en la sala de control. Kasius, el mestizo, Rooney y Kafka y ese tipo que han traído, ya están allá —respondió aquel miembro de la banda que poseía una piel amarillenta negruzca.

Seguramente habría nacido del cruce de un chino con una negra. Percy le volvió la espalda y anduvo hacia el lugar indicado.

* * *

Percy empujó la puerta de madera.

La sala de control, sucia y vetusta como las restantes dependencias del «Eolo», estaba iluminada por un foco que proyectaba su luz sobre el cuerpo inanimado de Willy Lemon, tendido en el centro de la estancia.

—Percy, me ha contado lo que ha ocurrido.

—Mejor, así ahorraremos palabras.

La voz había brotado de los labios de Clare Scotsaiv que, junto al impecable John, se apoyaba en la mesa de control sumergida en la oscuridad.

—¿No está aquí Kafka? —inquirió Percy.

—Ha ido a buscar un cubo de agua para despertar a nuestro invitado —aclaró la mujer.

—Te aseguro que es de armas tomar. Será mejor que antes de que despierte Rooney le ate las manos. Kasius y el mestizo tienen buenas pruebas de las bromas que gasta.

Clare Scotsaiv era una mujer salvajemente bella. Escondía su cuerpo bajo un vestido negro que hacía resaltar aún más la voluptuosidad de sus formas.

Tras dar una chupada al cigarrillo y expeler el humo pausadamente, asintió con la cabeza. Rooney se apresuró a maniatar a Willy.

—Ahí está Kafka —indicó Percy.

John, que hasta aquel momento permaneciera silencioso, indicó:

—Tíradle el agua a la cara, a ver si se despierta.

El negro arrojó con violencia el contenido del cubo, procedente del río,

sobre la faz de Lemon, que comenzó a mover la cabeza de un lado a otro. Su semblante estaba irreconocible.

—Vaya, veo que nuestro amiguito, a pesar de la paliza, aún vive.

—Eso te dará una idea de su resistencia.

Lemon intentó mover las manos, pero pronto comprendió que se hallaban sólidamente ligadas. Trató de descubrir los rostros de sus enemigos, pero con los ojos empapados en su propia sangre, solo vio un intenso halo de luz que hirió sensiblemente sus pupilas.

La voz de Clare Scotsaiv penetró grave en su cerebro:

—¿Quién eres y cómo te llamas?

—¿Quieres hacerme una póliza de seguros? —ironizó Willy.

—Por lo visto no se te quita el humor ni después de lo sucedido, pero te advierto que quien manda soy yo y tu vida depende de una orden mía.

—De modo que tú eres Clare —musitó el sargento.

La mujer quedó sorprendida, entreabriendo sus labios gruesos y sensuales, pintados de un rojo rabioso, para preguntar:

—¿Cómo sabe mi nombre?

—No sé, alguno de los gorilas que tienes a tus órdenes lo dijo mientras me acariciaban.

Con sus ojos oscuros y grandes, Clare miró severa a Percy y sus secuaces, pero nadie habló.

—Por lo visto, conoces muchas cosas y eso es un mal síntoma en este mundo. Generalmente, esa enfermedad de saber demasiado conduce a un viaje muy largo.

—¿Y serás tú quien me, dé el billete?

—Puedo hacerlo por mi mano, pero no me hace falta, tengo una banda bien organizada para que tú puedas mofarte de ella. Ahora, escupe quién eres si no deseas que lo averigüemos por nosotros mismos.

—Una mujer al, frente de una cuadrilla de *gangsters*, ¡puaf! no tardaréis en desaparecer.

—¡No he pedido tu opinión!

—Es el marido de la mujer que Kafka mató el otro día—, explicó Kasius.

El aludido, seguido por las pupilas llenas de vengativo odio del sargento, replicó:

—¡Lo que te he dicho antes, si no hubieras intentado abusar de ella, no habría escapado! Todos fuimos en su persecución y de no haberla liquidado, ahora estaría toda la policía a bordo.

En aquel instante, Willy Lemon comprendió que se hallaba a bordo de una nave, aunque no podía precisar cuál era esta. Decidió seguir el curso de los acontecimientos.

—¡Callaos los dos! —ordenó Clare con una energía impropia de su femineidad. Cuando el silencio se produjo, inquirió suspicaz—: ¿Quién te

dijo que Kasius tenía algo que ver con tu mujer?

—El que le robó la pistola.

Willy Lemon no se recató en responder. Prefería dar la impresión de conocer al dedillo la organización.

Kasius bajó la vista y Clare le increpó:

—¡Estúpido! ¡Te dejas robar hasta la pistola! ¿No sabes que a través de ella puede llegarse hasta aquí? ¡No se puede trabajar con semejantes idiotas!

—Fue sin querer, por lo visto un ratero, pero yo tengo cuidado...

—¡Calla! —atajó Clare.

El negro no atinaba a defenderse adecuadamente y sus palabras sonaban balbuceantes. Willy contemplaba la situación y se percataba de que la vida de Kasius ya carecía de valor.

—Has cometido ya demasiadas tonterías. Has abusado de la mercancía, lo cual es perjudicial. Por tu culpa, Kafka tuvo que matar a Katy Temperthon que primero dijo que era soltera y ha resultado casada. Después, te dejas quitar la «Luger» y al final este tipo da contigo. Por añadidura, estás herido. ¡Percy!

—¿Qué, Clare? —preguntó el interpelado adelantándose con un cigarrillo entre los dedos. Imaginaba lo que iba a suceder.

Kasius se estremeció y empezó a temblar. Clare Scotaiv comenzó a dictar su sentencia de muerte.

—Metedle en el tubo y que no quede rastro de él.

—¡¡Nooo!! —aulló Kasius desafortadamente cuando ya Rooney se aproximaba a él.

Olvidando su pierna herida, el negro saltó en tromba hacia Clare, con el ansia de golpearla, pero esta se hizo a un lado esquivándolo.

—¡Estúpido!

La mano de Clare Scotaiv refulgió armada con un fino y delgado estilete que rajó de arriba abajo el rostro de Kasius.

—¡Quieto!

—¡No, no quiero el tubo, nooo!

Rooney le ató sólidamente las manos al igual que hiciera con Willy y ayudado por Kafka se introdujo en una trampilla que se abría en el suelo.

Cuando ambos hombres desaparecieron, Lemon preguntó:

—No es que sea excesivamente curioso, pero, ¿qué es eso del tubo?

En la oscuridad, inalcanzable a las pupilas aceradas del «G-men», Clare sonrió:

—Debería dejar que lo supiese a su debido tiempo, pero voy a ser generosa y te diré donde va a pagar Kasius sus errores.

Aquella mujer poseía una mente maquiavélica.

Había urdido la organización destinada a raptar mujeres y venderlas después fuera del país, uno de los delitos más abyectos. Sabía que al menor

descuido la sentarían confortablemente en la silla eléctrica, y por ello no vacilaba en suprimir a todo elemento peligroso.

—Este paquebote tiene el tubo para los desperdicios. En alta mar no es necesario utilizarlo, pero en los muelles se hace imprescindible si no se quiere dejar el agua más hedionda de lo que ya está.

—Ya entiendo. Debe ser el triturador de basuras que las disolverá en el agua —objetó el sargento que notaba como su mente iba despejándose cada vez más, a pesar del dolor lacerante que martilleaba su cerebro.

—Por lo visto no eres tonto. Sí, se trata de un molturador de desperdicios, lo suficiente grande para que quepa un hombre en él. La hélice da cuenta de él, se hace entrar agua, se bate con ella y al río. Ya nadie puede encontrar jamás el rastro de lo que se ha introducido en el tubo.

—Muy ingenioso... —comentó Lemon sarcástico, sin temor a la muerte.

Sólo lamentaba no poder exterminar a aquella organización ahora que había dado con ella.

En aquel instante un alarido horrendo, macabro, halló mil ecos en el interior de la nave.

Kasius acababa de convertirse en la víctima de su propio delito.

CAPÍTULO VIII

—¿Ya está todo listo? —inquirió Clare encarándose con Rooney que acababa de regresar.

—Sí. Kasius ya no sirve ni para pasto de peces, se ha diluido en el agua.

—Bien. Espero que esto sirva de ejemplo para los demás. Es preciso que comprendáis que el perdón no es mi fuerte. Ahora, terminad con ese estúpido inocente.

Sereno, con una sonrisa jugueteando en sus labios, Lemon inquirió:

—¿Vais a meterme a mí en el tubo?

—¿No te he dicho antes que el tubo sirve para hacer desaparecer la basura? Tú, en esos momentos, solo eres un desperdicio para mí. Vamos, Rooney, lleváoslo. Esta noche estoy fatigada y deseo dormir. John, acompáñame.

—¡Que sueñes con los angelitos, Clare! —deseó Willy.

La mujer no respondió, y con la mayor indiferencia caminó hacia la puerta, seguida por el pulcro guardaespaldas.

Willy fue cogido por los brazos sin poder valerse de sus manos. Como queriendo sacar el alma por la boca, escupió en el rostro de la muchacha que quedó inmóvil por unos segundos. Después, silabeó despectiva:

—Esto que has hecho no te sirve de nada. Podría matarte ahora mismo, pero será mejor tratarte como a la propia basura.

—No me importa morir, solo, lamento no poder acabar con mis manos, con todos vosotros. Pero alguien hoy, mañana o pasado, os dará lo que merecéis.

—¡Lleváoslo! —Esta vez fue John el que, imperioso dio la orden al tiempo que tendía su pañuelo a Clare para que se limpiase el rostro.

El sargento se dijo que no olvidaría aquella cara aunque fuese al otro mundo.

Willy Lemon fue conducido por la trampilla hasta la bodega, lugar donde se encontraba el mortífero molturador.

Adosado a un lado del casco, tenía tres salidas: Una en su parte inferior otra en el lateral, para la entrada del agua, y la superior por dónde debía echarse la basura.

—Abre la tapa y yo lo mantendré sujeto —indicó Rooney a su compañero.

Willy contempló aquella tapa de casi una yarda de diámetro que se cerraba como una autoclave industrial y que debería ser de acero para contener la presión del agua.

—Vamos, date prisa.

Lemon intentó zafarse de Rooney, el cual apremió a Nafka. No deseaba morir de aquella forma y buscaba algún medio para conseguirlo. De

pronto, vio en el suelo un cable eléctrico que conducía a una llave tripolar.

«Seguramente, esta llave pondrá en funcionamiento la hélice del triturador. Si pudiera estropearla...», pensó el «G-men» a velocidad de vértigo, percatándose de que su fin se aproximaba por segundos.

—¡Estate quieto!

Lemon taconeó con fiereza la espinilla de Rooney que lo soltó por unos momentos, que el joven aprovechó para dar un tirón del cable con los pies y arrancarlo.

—¡Maldición, ha estropeado el cable del motor de la hélice!

—No te preocupes, Kafka. Lo principal es que lo metamos dentro y luego ya compondremos el cable.

Pese a su resistencia feroz, el sargento fue introducido en el tubo. La tapa pesada, quejumbrosa, lo dejó en la más completa oscuridad.

El interior del tubo no era ancho, pero tampoco demasiado estrecho y Lemon pudo moverse con alguna dificultad.

—He de hacer algo. Esos tipos ya están atornillando la tapa y luego solo tendrán que conectar el cable de nuevo.

Febrilmente, Willy buscaba una solución para evitar aquella muerte que se le venía encima a pasos agigantados. Pero lo que le hizo reaccionar fue la hélice de dos palas que quedaba bajo sus pies, aguardando ansiosa el momento de empezar a cortar. Era terriblemente macabra en su simplicidad.

—¡No hay tiempo que perder, esos ya estarán arreglando el cable!

Se agachó y con las manos a la espalda aproximó a cuerda, que le maniataba a una de las hojas de la hélice, comenzando a segarla.

—Si no hubiera arrancado el cable ya estaría convertido en pulpa — murmuró jadeante mientras sudaba copiosamente y olía a sangre fresca.

Posiblemente, eran los restos de lo que fuera aquel negro que intentó abusar de Katy. Después, de todo, aquel castigo lo merecía, pero él no estaba dispuesto a seguir el mismo camino.

—¿Cómo estarán arriba? ¡Y la cuerda todavía si ceder!

Por fin lanzó un suspiro de alivio al tiempo que el sudor bañaba su rostro molturado.

—He de quedar fuera del alcance de la hélice como sea, me cogeré a la entrada lateral...

El orificio de la entrada lateral se abría unas pulgadas por encima de su cabeza y tenía un diámetro suficiente para que entrara su cuerpo, aunque su profundidad no era bastante como para mantenerse en él mucho rato.

Atenazó sus dedos en las rebabas del conducto y se dispuso a soportar cuanto sus miembros le permitieran. En aquel momento, la hélice empezó a girar a diez mil revoluciones por minuto, a veinte pulgadas bajo sus pies.

Ignoraba el rato que resistiría, y pensaba que en el momento en que sus fuerzas flaquearan, los *gangsters* se habrían salido con la suya.

El viento producido por la hélice ahuecaba sus ropas y sus dedos casi sangraban por el esfuerzo.

—Agua... —musitó al ver cómo el líquido fluía hacia él cada vez en mayor cantidad por el conducto lateral, en donde se hallaba engarfiado para escapar a la muerte—. Deben creer que ya estoy hecho pulpa y ahora intentan diluirme en el río.

El tubo empezó a llenarse de agua y Willy, tratando de no resbalar, quiso penetrar por la compuerta lateral, pero el agua, entrando, lo empujaba hacia la hélice.

Debía esperar a que se llenara el tubo, más temía que sus pulmones no iban a resistir.

Aguardó a que el tubo se llenara, a pesar de que la hélice expulsaba otra vez el agua en sentido vertical. Cuando el agua lo cubrió por completo, a tientas, con gran esfuerzo, salió por la compuerta lateral escapando así de la muerte a la que le habían destinado.

«Gracias, Dios mío ya estoy a salvo».

Aquello fue lo primero que pensó al respirar por primera vez el aire en la superficie del Hudson River.

Deseó hacer algo para dar con la guarida de los *gangsters*, pero las fuerzas le abandonaron por completo y una pesadez somnolienta empezó a invadir todos sus miembros

«No puedo ni nadar, haré el muerto y cuando haya descansado lo suficiente me acercaré al muelle».

Amparado por la oscuridad y las embarcaciones, Lemon extendió los brazos en cruz y se dejó mecer por la corriente.

Nunca supo el tiempo transcurrido. Cuando abrió de nuevo los ojos, comprobó que la noche estaba en sus postrimerías,

Abandonó su postura y comenzó a bracear hasta el muelle.

—Uf, ya estoy llegando.

Subió por las piedras del muelle y cuando estuvo en tierra firme, intentó buscar con la vista el barco que guardaba en sus entrañas aquella organización de *gangsters* capitaneados por una mujer mil veces más cruel que el peor de los hombres.

—Imposible. Todos estos paquebotes se parecen y no sé de cual he escapado. Ahora, lo que debo hacer es reponerme y actuar con más astucia.

Tratando de no ser visto para no despertar sospechas, Willy llegó hasta las cercanías del «Ninety-two Club» donde aparcara su «Ford».

Sin saber por qué, condujo el, vehículo por la Avenida Primera en dirección al Downtown Manhattan. Al llegar al puente de Williamsburg, pasó al barrio de Brooklyn introduciéndose en el tráfico matinal que comenzaba a desperezar la gran ciudad.

«Grace me cuidará mejor que yo mismo».

Fue en busca del apartamento de su cuñada, no se veía con fuerzas para quedarse solo. En su agotamiento físico, estuvo a punto de chocar con otros coches varias veces.

De este modo, aparcó el «Ford» frente al edificio de deficiente estilo arquitectónico donde Grace residía.

Subió las escaleras con la misma precaución que empleara en el muelle. Una vez en el segundo piso, se situó ante la puerta número cuatro y oprimió el timbre nerviosamente.

—Si no está, creo que no podré llegar a mi casa

Pero la puerta cedió y en el umbral se perfiló la atractiva silueta de la mujer, ocultando un bostezo y enfundada en una bata blanca que hacía resaltar su cabello rojizo, favoreciéndola agradablemente.

—¿Qué desea?

—Grace, ¿no me conoces?

—¡Willy!

La joven quedó sorprendida por el aspecto que ofrecía Lemon.

Después reaccionó invitándole a pasar.

—Pero, ¿qué te ha sucedido? Vas empapado. ¿Y qué son esos morados? ¿Qué has hecho, Willy?

—Si me preguntas tanto, creo que no voy a poder responderte.

—Vamos, entra de una vez

Grace lo cogió de un brazo y lo introdujo rápidamente en el apartamento, cerrando la puerta des—, pues. Tambaleándose, Willy se dejó caer en el sofá.

—Perdona si te lo mojo, pero...

—Eso no importa. Explícame en qué «berenjenal» te has metido para venir tan morado.

—Ni yo mismo lo sé...

Cuando iba a seguir hablando se llevó las manos a la cabeza en señal de un dolor obsesivo. Grace dijo rápida:

—Espera un momento, te prepararé un baño y luego te encontrarás mejor. Además, debes cambiarte, estás empapado.

Minutos después, la muchacha reaparecía en el *living* llevando una toalla y un pijama que tendió al hombre.

—El pijama te quedará un poco corto, es mío, pero para salir del paso te servirá. Si necesitas algo más...

—Eres muy amable. Sabía que al venir aquí no me hallaría desamparado, tú eres mi hada buena.

—Anda, no seas tonto y métete en la bañera, te hace mucha falta. Deja tus ropas en el cuarto de baño.

—De acuerdo, teniente —asintió Willy tratando de sonreír, más los cortes de sus labios convirtieron la sonrisa en una mueca.

«Esto es vida», pensó al sentir el contacto del agua limpia en su cuerpo

fatigado.

Media hora después regresaba a la salita, enfundado en el pijama femenino.

—¡Willy! —Grace no pudo contener una carcajada al verlo metido en su pantalón, llegándole este a media pierna.

—Debo estar grotesco...

—Eso no importa, lo que hace falta es que te expliques y te repongas. Anda, siéntate en el sofá.

Willy se dejó caer en el diván, situado junto a una mesita enana en la que Grace había preparado un botiquín de emergencia.

—Verás que soy obediente, pero espero que no me harás mucho daño.

—Vaya con el sargento Lemon, temblando ante el algodón y el mercurcromo...

—No, no es que me dé miedo, pero creo que por esta noche ya he sufrido bastante.

—Trataré de hacerte el mínimo daño posible, pero tus heridas no pueden dejarse tal como están, podrían dejar cicatrices e infectarse.

—Está bien, doctora.

—Antes me has llamado teniente, ahora doctora Pronto me voy a convertir en la presidente de la Unión

—Cargo que no te sentaría nada mal.

—No seas chiquillo y tómate estas tabletas.

Willy miró las dos pastillas que Grace le tendía en la palma de su mano, entregándole con la diestra un vaso de agua.

—¿Para qué son?

—No te importa, tómatelas.

Incapaz ya de oponer resistencia, el hombre las cogió tragándose las y bebiendo luego el agua.

—No te quejarás... —se lamentó.

—No, y si me obedeces saldrás ganando. Ahora mientras restaño tus heridas, cuéntame lo que te ha ocurrido. Te advierto que si me dices que te has peleado con la tribu de «Sitting Bull», por el aspecto que ofreces, me lo creeré.

—No, no voy a explicarte ninguna patraña. Es demasiado serio lo que ha ocurrido. Verás, yo me he acercado al «Ninety-two Club...»

Mientras Grace curaba el rostro de su cuñado, este le detalló lo ocurrido sin omitir detalle, aunque de cuando en cuando interrumpía la narración para lanzar quejas de protesta.

—¿Qué te parece?

—Pues que no debes meterte en líos como ese si quieres seguir vivo. De momento, has escapado con la cara hinchada y lleno de golpes, pero después...

—¡Esa gente sigue viviendo y hasta que no consiga aplastarlos no

cejaré en mi empeño!

—Cuéntaselo todo al teniente Colleman, él puede movilizar a tus compañeros.

—No me hará caso, lo conozco. No obstante, seguiré tu consejo. Si logro convencer a Colleman, acabaremos con esta repugnante organización.

Grace no respondió y Willy notó cómo los párpados le pesaban terriblemente.

Con la manga de la camisa comenzó a frotárselos y la joven protestó:

—Estate quieto, vas a estropear los ojos.

—No sé qué pasa, se me cierran.

—No tiene importancia, mejor dicho, es lógico. Las tabletas que te he dado eran somníferos.

—¡Ya sabía yo que me la jugarías!

Grace rio entornando los ojos maliciosa.

—Anda, tiéndete en el sofá.

Willy obedeció como un niño sumiso, notando con grandes esfuerzos que Grace tendía una manta sobre él. Luego, el sopor se apoderó de su ser transportándole al mundo de los sueños.

CAPÍTULO IX

Willy Lemon entreabrió los párpados y las brumas de su cerebro fueron disipándose hasta lograr la identificación de la estancia sumida en una agradable semi penumbra.

—¿Qué hora es? —preguntó mecánicamente, viene: que una silueta femenina se aproximaba a él.

—Si tienes sueño, sigue durmiendo. Te conviene.

—Grace...

Trabajosamente, se incorporó en el lecho y miró en derredor, sorprendido.

—¿Grace? —llamó por segunda vez, ésta en tono interrogante.

—¿Qué Willy, te sientes mal?

—¿Cómo es que estoy en tu cama, si me acosté en el sofá?

—Muy sencillo. Te he trasladado aquí.

—¿Tú?

—Sí, y la verdad es que pesas lo tuyo y lo mío. Me costaste casi media hora de trabajo.

—Pero, ¿cómo pudiste? —inquirió extrañado.

—Tú dormías en el sofá y como me di cuenta de que pesabas demasiado para mí, lo arrastré hasta aquí y luego logré subirme a la cama.

—No debiste molestarte tanto, no valía la pena. ¿Qué hora es?

—Las ocho de la mañana.

—Entonces, habré dormido unas tres horas, ¿no?

—¿Tres horas? Que va, han sido dos días.

—Quéee? —Willy miró asustado y sorprendido a Grace que, enfundada en una bata roja, lo observaba con mimo.

—No puedo creerlo —balbuceó—. Dos días son demasiado para que un hombre los pase durmiendo.

La joven se sentó en el borde del lecho y con gesto cariñoso explicó:

—Por lo visto te zurraban bien y al llegar aquí estabas peor de lo que imaginas. Además, debiste sufrir una crisis nerviosa muy fuerte. Cuando apenas hacía seis horas que dormías, la fiebre se apoderó de ti y comenzaste a delirar.

—Diría muchas estupideces.

—Como todos los hombres, más o menos. Además, aunque de un modo incoherente, volviste a explicar cuanto te sucedió en el barco. Cuando te puse el termómetro y vi que subía a los cuarenta grados estuve a punto de llamar a un médico, pero me contuve.

—Hiciste bien, hubiera preguntado demasiado.

—Con piramidón conseguí rebajarte la fiebre y ahora, tienes un aspecto mucho más presentable.

—Gracias a ti que has cuidado de mi persona. Habrás tenido que dormir en el sofá.

—No, porque no he dormido. Ahora, quien tiene sueño soy yo.

—Grace, nunca podré agradecerte lo que haces por mí.

—¡Es que no quiero que me lo agradezcas!

Haciendo ademán de querer levantarse, Willy objetó:

—Dame mis ropas que me iré ahora mismo, tú necesitas dormir.

—Ni lo sueñes. Tú no te levantas hasta después del desayuno.

—Pero, Grace, ¿no seas niña!

—No es que sea niña, pero el esfuerzo que he hecho durante dos días no voy a permitir que lo tires por la ventana, simplemente porque te ha entrado prisa. Después de todo, sigues siendo mi enfermo y estás bajo mi tutela. Primero comerás y luego a descansar un poco. Así te repondrás, has de coger fuerzas.

—¡Qué remedio, las mujeres siempre mandan! Ahora, hasta en el campo del delito.

—Ah, luego te traeré tu traje. Ya lo han entregado de la lavandería.

—Eres muy diligente.

—Simplemente he hecho lo preciso.

Willy continuó en la cama hasta el mediodía, agradeciendo aquel descanso que tan agradablemente recibía su cuerpo.

El almuerzo lo ingirió en compañía de Grace, consistiendo este en una comida fría. Luego se vistió y por último se miró al espejo.

—Pues estoy mejor de lo que me figuraba.

—Estás algo pálido y no han acabado de desaparecer los hematomas, pero si recordamos la cara que traías la otra noche, podemos decir que has regresado del cielo.

Willy se palpó la chaqueta que parecía limpia y perfectamente planchada. Al no hallar lo que buscaba inquirió:

—Has visto mi «Black-steel»?

—¿El qué?

—Me refiero a la pistola. Creo que la llevaba encima cuando llegué.

—Ah, sí, la tengo guardada en un cajón.

Mientras se dirigía al armario, Grace, indicó:

—Después de lo que me contaste me extrañó que no te hubieran quitado la automática.

—Es que se me acabaron las balas y esos tipos se dieron buena cuenta de ello. Un revólver sin proyectiles no sirve para nada.

—Entonces, ¿por qué la guardaste?

—Porque pertenece al cuerpo de policía y el número del arma lo tengo yo asignado. En fin, sería muy largo de explicar.

—Ten, aquí está.

—Gracias. La verdad es que tendría que estar todo el día dándote las

gracias.

—No tienes por qué hacerlo, yo no te las pido.

—Pero a mí me agrada dártelas.

El hombre colocó la «Browning» en su sobaquera después cogió el rostro de Grace con la mano. Suavemente besó sus labios, haciéndola sonrojar por aquel gesto inesperado.

—Adiós, pequeña y no te pongas colorada.

Sin esperar a que ella respondiera, Willy Lemon abandonó el apartamento.

Montó en su «Ford» y se dirigió a la veintisiete estación de policía después de cruzar otra vez el East River por el puente de Williamsburg.

Lemon se introdujo en las dependencias policiales saludando a subordinados y amigos.

Cuando estuvo ante la puerta del despacho del teniente Broderick Coleman, la franqueó sin llamar.

—Buenas tardes.

La robusta cabeza de Coleman se apartó de la mesa y miró al joven, intrigado.

—Hola, Lemon. Le creía de vacaciones y por lo visto se ha metido en algún lío.

—Si lo dice por mi cara, no anda desencaminado pero antes quisiera preguntarle cómo andan las pesquisas con respecto al asesinato de Katy.

El teniente se balanceó hacia atrás con la espalda sobre la silla. Cruzando las manos sobre el pecho, objetó:

—Le dije que tenía un mes de permiso y que no debía meterse en investigaciones particulares.

—Ni usted ni nadie puede impedir que siga la pista de los asesinos de mi esposa.

—Y por lo visto, siguiendo el camino, le han zurrado. Willy, créame. No desearía tener que encerrarle La venganza personal es un delito penado por la Ley. Si sigue ese derrotero, acabará sentado en el banquillo de los acusados y esto eliminaría la prometedora carrera que ha emprendido en el cuerpo.

Amistosamente, Lemon se sentó en el borde de la mesa. Sacó un paquete de cigarrillos y tendió uno a Coleman. Este lo cogió, ofreciéndole fuego a su vez. Ambos comenzaron a fumar.

—Teniente, me ha dado un sermón, pero aún no me ha dicho nada sobre las pesquisas realizadas.

—La verdad es que ha de convenir conmigo en que se trata de un caso difícil. «The Hog» no nos conduce a ninguna parte, además, pensando en usted, no le apreté más las clavijas. Quería demandarle, pero le convencimos para que callara. Aireamos unos gastos que tenía pendientes y enmudeció *ipso facto*.

—Esa gentuza no merece nada. En fin, solo puedo decirles que si obran con guantes de seda, la organización que mató a mi esposa se les escapará de entre los dedos.

—¿Organización? ¿En qué se funda para decir eso?

—¿Ve? Todos estos cardenales me los han hecho ellos y lo peor es que querían triturarme en una máquina de basuras.

—No entiendo...

—Teniente, voy a ser franco porque sé que es muy difícil encontrar a un hombre más recto que usted.

Willy hizo una pausa para expulsar una bocanada de humo. Después, explicó a grandes rasgos todo lo ocurrido.

—A ese club no se puede ir más después de lo que me han contado —dijo Coleman—. Esos pájaros ya no se acercarán más por allí. En cuanto a la organización de trata de blancas es un poco fantástico, pero si usted lo dice habré de creerlo.

—Sí, desde luego, en el «Ninety-two Club» ya no encontraremos a nadie. Además, el negro que lo frecuentaba ha pasado a mejor vida y, por cierto, sin dejar rastro. Y yo me pregunto, ¿a cuántas personas habrán hecho desaparecer por ese método?

—Oiga, Willy, ¿no habrá soñado todo eso en estos dos días?

—Teniente, si solo se tratara de un delirio no tendría estos golpes en la cara y en el cuerpo. Y tampoco puedo echarle la culpa al alcohol; no bebo nunca. Además, mi «Browning está vacía por completo.

Lemon mostró su automática, extrayendo el cargador vacío.

—Bien, ¿qué pretende que hagamos ahora?

—Hay que encontrar el paquebote en el que me llevaron esos *gangsters*.

—¿Está loco? Conoce de sobra el vasto tráfico marítimo que registran los muelles del Hudson para que encontremos un barco del que no tenemos ni referencia. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Sí, pero es el único medio a seguir. Allí dentro no solo están los asesinos de mi esposa, sino los raptos de muchas mujeres, de jóvenes que seguramente tienen encerradas y dispuestas para vender.

—Ahora recuerdo que últimamente se han registrado varios casos de desaparición de chicas.

—¡Pues en ese buque están encerradas! La prensa amarilla haría unos buenos artículos sobre su éxito si lograra desarticular esa banda.

—Willy, sabe que no soy partidario de la prensa sensacionalista. Yo solo persigo servir a la Ley, y comprenda que encontrar esa nave con los datos que usted posee es prácticamente imposible. Además, esto, tal como usted lo plantea, no nos incumbe a nosotros. La trata de blancas es un delito federal.

—Pero, ¿es que no piensa en las mujeres que preferirán no haber nacido a llevar la vida que las aguarda?

—Lo comprendo muy bien, pero, ¿cree usted que hay solución?

Lemon quedó pensativo unos instantes, que Colleman aprovechó para sostener sus propias opiniones

—¿Lo ve? Además, me ha dicho que eso ocurrió hace dos noches, o sea que hoy entramos en la tercera.

—Sé que va a decirme que quizá han zarpado y que a estas horas pueden encontrarse en otro país —se aventuró a decir Lemon.

Broderick Colleman dio un puñetazo sobre la mesa al tiempo que decía iracundo:

—¿Lo ve, lo ve como yo tengo razón? ¡Si ese barco fantasma está fuera de la jurisdicción de los Estados Unidos, no podemos hacer nada, ni nosotros ni el FBI, que es quien debe encargarse del caso realmente.

—Nada, no. Se puede dar parte a la Interpol.

—¿Y qué les dirá? ¿Qué hay un barco que efectúa el abominable tráfico de carne humana? Le responderán que en América del Sur hay unos cuantos que lo hacen y que van varios años tras ellos sin poderles dar alcance.

—Entonces, ¿hemos de cruzarnos de brazos?

—Recuerde que está de vacaciones —indicó Colleman señalándolo con la punta encendida del cigarrillo.

Willy se sentía irritado ante la posición pacífica del teniente y comenzó a caminar por el interior del despacho dando grandes zancadas.

—¡Estese quieto, me está poniendo nervioso!

Lemon frenó su paseo y mirando a su superior, objetó:

Teniente, como usted ha dicho estoy de vacaciones. No tengo ninguna ley que ampare mis actos, aunque defienda a la misma justicia y soy en estos momentos un civil más, ¿no?

—Exacto, y si comete alguna tontería será juzgado como tal. Usted puede llevar armas, pero como no está de servicio no podrá disparar contra nadie. Si lo hace será bajo su propia responsabilidad.

—Pues si soy un civil puedo decirle que sus métodos policiales son arcaicos y que de continuar en esa posición solo entrarán en las celdas los borrachos que vienen, hasta nosotros y que no pueden sostenerse por su propio pie.

—¡Lemon, no le permito que diga lo que he de hacer! ¡Usted acaba de ascender a sargento y solo ha cometido error tras error, que sus compañeros hemos tratado de tapar con los medios a nuestro alcance. En cambio, yo poseo una hoja de servicios limpia por completo y son ya treinta años los que llevo en el Cuerpo.

—Está bien, teniente, disculpe. Soy algo impulsivo.

—¡Eso es lo que le pierde! Un buen policía ha de tener paciencia para que el delincuente quede envuelto en su propia red.

Willy carraspeó significativamente. Luego, moderando el tono, dijo:

—Podría avisar a la policía portuaria. Ellos nos podrían decir qué buques han levado anclas desde hace cuatro días. Luego, con un examen paciente y concienzudo, a su estilo, podría comprobarse cuáles pueden ser. También sería conveniente repasar los buques que ya están varados en los muelles.

—Sí, no es mala idea, solo que nos vamos a encontrar con una lista fenomenal de buques nacionales y extranjeros, y será tarea de chinos efectuar un registro en todos ellos y si al final halláramos algo, nos enmarcaríamos en pleito con nuestros amigos los federales.

—En ese caso, no me queda otro remedio que poner en antecedentes al FBI de lo que ocurre.

—Sí, es la idea más luminosa que ha tenido hasta ahora. Si le hacen caso, dejará de meterse en líos.

—Se equivoca, teniente. Aunque el FBI se dedique de lleno al asunto, yo no dejaré de meter mis narices donde pueda.

En aquel instante, el timbre del teléfono repiqueteó estridente y Coleman aplicó el auricular a su oreja.

—Aquí el teniente Coleman, veintisiete estación de policía. ¿Diga?

Una voz femenina, al otro lado del hilo, inquirió:

—¿Está el sargento Willy Lemon?

—Sí, un momento, ahora se pone.

Coleman le tendió el auricular.

—Tenga, le llama alguien que sabe se encuentra aquí.

—¿Diga? —inquirió Willy mientras un presentimiento comenzaba a anidar en su cerebro.

La criminal organización de Clare no había terminado aún sus fechorías.

—Willy, ¿eres tú?

—Ah, hola Grace. ¿Qué sucede? —respondió Lemon aliviado al percatarse de que era su cuñada quien le llamaba.

—Cuando tú te has marchado, he comprado el «Herald Tribune» por hacer algo.

—Continúa. Por tu voz presiento que algo grave has de decirme.

Colleman bajó la vista hasta los pliegos de papel que tenía ante él y sin forzar su curiosidad escuchó lo que Willy iba diciendo.

—En la sección de demandas —siguió Grace—, he encontrado el mismo anuncio que Katy subrayó con el pintalabios.

—¿Crees que puede ser importante ese detalle?

—Después de lo que me explicaste, sí. Seguramente esa organización se esconda tras la pantalla de la casa de modas «Flowers of París», creo que se llama.

—¿Pretendes decir que las jóvenes que van allí, deslumbradas por la oferta, son atrapadas por la banda?

—Podría ser.

Al oír hablar de la organización y detalles de la misma, Coleman aguzó el oído y miró significativamente a Willy. Pero este continuó hablando con la muchacha sin preocuparse lo más mínimo del teniente.

—Puede que tengas razón. Recuerdo bien que aquella mujer se llamaba Clare y su acento era extranjero. Lo tendrá todo muy bien montado, por si la policía sospecha algo.

—Yo opino lo mismo. Estoy segura de que si os presentáis en Rockefeller Center no hallaríais ninguna pista, aunque crea que el cerebro se esconde allí y el cuerpo de la organización en ese buque fantasma.

Colleman ya se había levantado de la butaca y, acercándose a Willy, trataba de enterarse el máximo posible de la conversación.

—Pero, algún medio habrá de dar con ellos, ¿no te parece, Grace?

—Yo tengo uno —apuntó la hermana de la asesinada Katy.

—¿Cuál? —inquirió Willy aunándose a él la mirada inquisitiva del teniente.

—Ya lo he decidido. Voy a presentarme en esa casa y solicitaré la plaza de modelo.

—¿Tú? —se asustó Willy.

Grace se apresuró a responder bromeando:

—Sí, yo, no creo estar tan mal como para que me desprecien. Además, a ellos les interesa poseer un buen surtido de flores en donde los compradores puedan elegir.

—¡Grace, no hagas nada, lo que has pensado es una temeridad.

—Lo siento, lo tengo decidido, por eso te llamo. Quiero que estés al corriente de cuanto suceda.

—¡Grace, te prohíbo que...!

—Tú no puedes prohibirme nada, Willy, solo soy tu cuñada. Escucha, voy a presentarme para que me raptén. Luego, si tú lo deseas, puedes seguirme y de este modo darás con el barco que buscas. Una vez lo hayáis localizado, el teniente Coleman puede ayudarte.

—¡Grace, espera, hemos de hablar más serenamente! —suplicó Lemon, percatándose de la férrea determinación de la muchacha.

Pero esta respondió con naturalidad, como si lo que iba a hacer no tuviera importancia.

—Lo siento, es tarde y debo presentarme cuanto antes. En ti confío y por eso te deseo suerte. Hasta pronto o hasta nunca.

—¡Grace, Grace!

Willy llamó insistentemente por el teléfono, pero ya la joven había colgado.

La cabeza roja y graciosa de la mujer apareció por unos instantes en sus pensamientos, y una punzada en el corazón hizo acelerar la sangre en sus venas.

—Pero, ¿qué sucede? ¿Qué ha pasado? ¿Qué le han dicho?

—Teniente, ¿puede darme tres cargadores para mi «Black-steel»?

—¡Le estoy haciendo un montón de preguntas y solo sabe responder que necesita balas para su pistola! —espetó Coleman de evidente mal humor.

Pero Willy no se achicó por ello y dijo indiferente:

—Bien, si no me las da tendré que acercarme a una armería. Allí me las venderán sin dificultad.

Ante aquella sugerencia, Coleman abrió el cajón central de su mesa-despacho y extrajo unas cajas que tendió al joven.

Este se apresuró a guardar dos de ellas y la tercera la deshizo. Luego, rápido, pero con precisión, procedió a cargar la «Browning».

—Sargento, presiento que quiere desencadenar una lluvia de proyectiles, ignoro donde, pero le advierto una vez más que está de vacaciones y que este caso a partir de ahora, deberá llevarlo al FBI. Si dispara contra alguien, se le formará pleito.

—Gracias por las balas y el sermón, teniente, pero como estoy de permiso no tengo que dar explicaciones del modo en que pienso divertirme, ¿no le parece?

—¡No sea impertinente! Si no fuera porque le aprecio, ya lo habría puesto tras los barrotes en espera de que recapacitara.

—Okey, teniente, hasta pronto. Si llega el caso, ya lanzaré un S.O.S.

Cuando Broderik Coleman iba a responder agriamente, se quedó con la boca abierta y sin articular palabra.

Willy Lemon había desaparecido del despacho como una exhalación.

Grace Temperthon lucía el vestido que mejor dibujaba la línea armoniosa de su cuerpo.

Se hallaba frente a Clare Scottaiv y al lado del impecable John.

—Sí, no está mal, aunque algunas libras de menos la favorecerían más —opinó Clare admirando profesionalmente la silueta esbelta de la muchacha, que se adivinaba prometedora bajo el vestido blanco.

—No sé, siempre me han dicho que estoy bien —replicó Grace irónica. La había molestado la alusión de unas libras más.

—John, ¿a ti qué te parece?

El hombre, que por otra parte se adivinaba estaba enamorado de Clare hasta la médula, paseó su mirada sobre Grace, provocando en esta un nerviosismo que logró mantener oculto. Luego, indicó:

—Sí, me parece que sirve. Los clientes pueden fijarse bien en ella. Además, el ser pelirroja de su natural le da cierta singularidad.

—¿Los clientes? Creí que eran las mujeres las que venían a comprar —preguntó Grace de un modo solapado como quien se halla totalmente al margen de la organización.

Clare dudó unos instantes. Con una sonrisa entre sus labios rabiosamente sensuales, explicó después:

—Las clientes se quedan con las telas, pero por regla general los que pagan son los hombres y es a ellos a quienes hay que darles gusto. A veces ocurre que porque al cliente le gusta la modelo, compra un traje para su mujer.

—¿En Europa ocurre lo mismo? Lo digo porque como han prometido viajes a París...

—Sí. En Rumania, por ejemplo, ninguna mujer puede presentarse sola en una casa de modas.

—¿Es usted extranjera?

—¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, simplemente que su acento no me ha parecido yanqui.

—Soy rumana, pero vayamos a lo que interesa. De momento, y por lo que respecta a su anatomía, nos parece bien. Es preciso que ahora nos dé sus datos personales. A veces se presentan aquí jóvenes que nos cuentan que son solteras y después resultan casadas. No nos agrada que los maridos celosos nos traigan complicaciones.

Grace comprendió a lo que se refería su interlocutora, pero simuló entender sus palabras solo de un modo superficial y comenzó a dar una ficha completamente falsa.

—Me llamo Marilyn Gimson, soy soltera. Tengo padres, pero nunca se han preocupado de mí. Creo que ellos viven en Utah.

—¿Saben ellos donde reside usted? —preguntó Clare.

—Imaginan que estoy al otro lado de la Unión, en Hollywood, tratando

de obtener un papel de extra, porque lo que es estrella, lo conservan en exclusiva las que podrían pasar por mi madre.

—Bien, Marilyn por ahora todo correcto. Es muy duro encontrar un papel en la pantalla, pero aquí, con nosotros, puede hacer una buena carrera. Quizá luego salte al estrellato cinematográfico; han sido muchas las modelos que lo consiguieron. Sólo hay que caerle en gracia a algún productor.

—Sí, eso trataré de hacer.

—Ah, me olvidaba. ¿Tiene novio o alguien que pueda pedir por usted aquí en Nueva York? Lo digo porque como ha de embarcar rápidamente...

—Pues no, estoy a su completa disposición. He salido con algunos chicos, ya se lo puede imaginar. Un día al cine, otro al Central Park y luego solo quieren ir al apartamento.

—Pues, de acuerdo en todo. John, encárgate de llevarla al barco.

—¿Me marcho ahora mismo? —inquirió Grace con bien estudiada extrañeza.

—Sí, durante la travesía la iremos educando sobre los movimientos que debe hacer para pasar los modelos.

Se despidieron y John, como tenía por costumbre, condujo a la joven por el ascensor privado que les dejó en el garaje subterráneo.

—Subamos a mi «Buick», con él llegaremos antes.

—Como quiera.

John, con la amabilidad característica en él, acomodó a Grace a su lado y después, con mano experta, rodó hacia el exterior del edificio saliendo a la calle 51.

Ya las primeras luces de neón, anunciadoras de mil objetos diversos, comenzaban a parpadear desperezándose del descanso diurno.

Grace comprendió en aquel instante el camino peligroso que había emprendido. Si Willy no la encontraba, su vida se convertiría en el peor y más horrible de los martirios. Sólo este pensamiento hizo que sus piernas temblaran sensiblemente.

—¿Está temblando? —inquirió John solícito.

Grace, forzando una sonrisa, afirmó:

—Sí, es que tengo un poquito de frío.

—Es natural. La noche comienza ahora y el rocío a esta hora refresca. Por otra parte, las mujeres llevan tan poca ropa... Usted, por ejemplo, estoy seguro de que no lleva más de lo que se ve.

—Bueno, las chicas llevamos otras prendas que...

—Sí, sí, ya comprendo —repuso el hombre sonriendo. La muchacha desvió sus pupilas hacia el exterior. Ávidamente buscaba a Willy, pero el farrago de las calles era tan intenso que no lo consiguió.

Miles de personas deambulaban por las aceras y este pensamiento emergió de sus labios en un comentario penoso.

—Hay mucha gente a esa hora...

—Sí, hay muchos que salen de sus lugares de trabajo.

Grace se descorazonó al no hallar vestigio de su cuñado. En su presencia había fijado su destino. De pronto...

«¡Willy!», suspiró al divisar la figura del hombre

Estaba de pie, junto a su «Ford» aparcado junto a la acera. John no se percató de la reacción femenina

—¡¡Cuidadoooo!!

Grace, al observar que Willy no la veía, se abalanzo sobre el volante apoyando su codo en el claxon del «Buick», que comenzó a sonar estrepitosamente.

—¿Qué pasa? —inquirió John algo asustado y viéndose obligado a efectuar un viraje espectacular que llamó la atención del resto de la circulación.

La joven mantuvo el máximo tiempo el codo sobre el claxon y cuando John la apartó de su lado, con cara de susto, la pelirroja se excusó:

—Perdone, he visto que aquel «Cadillac» se nos venía encima y...

—Bueno, bueno, no haga más aspavientos. Después de todo, ese coche no hubiera chocado con nosotros.

—Sí, seguramente. Es que soy un poco, verás, es que tengo mucho miedo a los choques.

—Pues como siga actuando como hace un momento, pronto tendrá que vérselas en uno de ellos.

Grace enmudeció y la circulación se reanudó, acelerando el «Buick» su rodaje.

La muchacha no se atrevió a mirar atrás. Por el espejito retrovisor intentó descubrir el «Ford» de Willy, pues ignoraba si él se había dado cuenta de su estratagema. Sólo las luces de los faros, cegadoras, hirieron sus retinas.

«No sé si me sigue o no, y de ello depende mi futuro. Dios mío, haz que sea así», rogó mientras continuaba callada hasta llegar frente al «Eolo».

—Ya hemos llegado —anunció John.

—Es un barco muy viejo.

—Por dentro está muy bien acondicionado, ya verás.

Ascendieron a la nave y una vez en cubierta, Yellowman les saludó:

—Buenas noches, John. ¿Nueva mercancía a la vista?

—Sí, Yellowman, y la última.

—¿Zarpamos? —inquirió el *gangster* ante la estática preocupación de Grace que miraba a ambos alternativamente, pues la angustia comenzaba a roer su corazón.

—Sí. Avisa que pongan presión en la caldera. Clare vendrá de un momento a otro y para entonces solo tendremos que soltar amarras. Ya hay suficiente mercancía para efectuar una buena venta.

—Desde luego, y toda de calidad —sonrió Yellowman significativamente.

«Este es el barco que busca Willy y como ya sé dónde está, no dejaré que me lleven en él. De lo contrario, estaré perdida», se dijo Grace vertiginosamente.

Y de modo imprevisto, se lanzó hacia adelante, deseosa de ganar la escalerilla y perderse en la nocturnidad de las callejas portuarias de aquel sector de Manhattan.

—¡A ella, Yellowman, que escapa!

—¡Déjala de mi cuenta!

Los dos hombres atraparon a la muchacha antes de que esta alcanzara la barandilla, en el lugar donde había la escalera que bajaba al muelle.

—¡Déjeme, déjeme!

—¡Cállate, estúpida! amenazó John mientras Yellowman lanzaba un juramento al sentir un mordisco en su antebrazo.

—¡Maldita perra, como muerde!

—¡Ayúdame, Yellowman, la llevaremos abajo!

Pero Grace mordió, pateó y chilló de tal forma que Kafka tuvo que subir a echarles una mano.

—¡Esto no es una mujer, sino una fiera!

—¿La llevamos a un camarote?

—No, Kafka —denegó John suspirando hondo—. Ponía en los grilletes de la bodega. Allí se irá calmando y aprenderá que debe obedecernos.

Antes de ser reducida a la impotencia. Grace Temperthon recibió por parte de Yellowman una serie de bofetadas que la aturdieron.

Después Kafka, como a un saco, la condujo a la bodega donde la dejó sólidamente sujeta a la pared con grilletes.

—Yellowman date prisa en levantar presión. Manhattan empieza a ser demasiado peligroso para nosotros.

—De acuerdo, John. En cuanto llegue Clare ya podremos zarpar —respondió Yellowman disponiéndose a cumplimentar las órdenes.

El «Eolo» zarparía irremediablemente con su cargamento de víctimas, entre las que se contaba la pelirroja Grace Temperthon.

Willy Lemon había comprado el «Herald Tribune» para informarse de la dirección exacta donde se ubicaba «Flowers of París».

Una vez en Rockefeller Center y vigilando la entrada que correspondía a las señas dadas, se dispuso a aguardar.

«Grace ha cometido una temeridad, es muy fácil que yo no pueda dar con ella. Hay demasiado tránsito a esta hora vespertina. En fin, ya está hecho y no hay remedio», pensó con lógico mal humor.

De pronto, un «Buick» negro efectuó a menos de veinte yardas de él un extraño viraje, tocando el claxon de un modo estentóreo.

—¡Si es Grace!

No perdió el tiempo y se introdujo en su «Ford», poniéndolo en marcha.

—Seguramente me habrá visto y ha querido llamar mi atención provocando ese viraje, no hay duda. El tipo que va con ella estaba en el barco en compañía de Clare. No puedo perderlos de vista, ahora sabré donde tienen la ratonera...

Willy trató de sortear a los demás vehículos e incluso se vio precisado a cruzar con el disco rojo para no perder de vista el «Buick», estando a punto de atropellar a varios transeúntes que lo increparon a su paso.

—¡Maldición, ya no lo veo, de noche todos los autos parecen iguales!

Lemon sabía de antemano que el «Buick» le iba a conducir al norte de Manhattan, aunque ignoraba a cuál de sus muelles y este era el punto más importante a averiguar.

—Si llevan a Grace hacia el muelle, es porque el paquebote no ha zarpado todavía, lo cual será mi suerte...

Lemon volvió a divisar el «Buick», pero al internarse por uno de los callejones portuarios que conducían al muelle, tornó a perderlo de vista.

Lemon estaba seguro de encontrarlos, pero debía tomar precauciones. Grace y muchas mujeres más estaban en sus manos y los delincuentes podían escudarse tras ellas.

El «Ford» rodó por el dédalo de callejuelas oscuras y sucias próximas a la unión del Harlem con el Hudson River.

—¡Allí está! —casi gritó, frenando inmediatamente tras haber visto el coche de sus perseguidos aparcado junto a la escalerilla del paquebote.

—«Eolo», ese es el barco que busco, no cabe duda. Es sucio y semi abandonado, pero seguramente poseerá máquinas de galgo. Esos tipos deber tener la huida preparada.

Abandonando su automóvil, Lemon se acercó con disimulo, amparándose en los lugares oscuros y las cajas que esperaban ser cargadas. Se detuvo al fin ante el «Eolo», observándolo con atención.

—Si pudiera subir por la escalerilla...

Pero la lumbre de un cigarrillo le advirtió del centinela.

—Imposible. No sé en qué lugar estará más vigilado, pero tengo que arriesgarme. Grace está a bordo y corre peligro. Ella, exponiendo su vida, me ha conducido hasta aquí. Ahora me toca salvarla.

Willy sacó su «Black-steel» y comprobó el cargador. Quitó el seguro y volvió a enfundarla en la sobaquera.

«Subiré por esta amarra de proa, aunque el antirratas me estorbará un poco...»

No dudó más. Su determinación estaba tomada y miró a derecha e izquierda, comprobando que nadie le observaba. Después, se colgó de la tensa amarra ascendiendo por ella con agilidad.

Jugándose el todo por el todo y a punto de caer al río, Willy soslayó el plato metálico antirratas y siguió trepando por la cuerda.

—¡Ya es mío! —musitó al llegar a la plancha del «Eolo».

Su diestra se aferró a la barandilla metálica y de un salto felino e increíble, que duró décimas de segundo, quedó sobre cubierta agachado y dispuesto a hacer frente a cualquier contingencia.

Tratando de no ser visto, se escondió tras un monumental ovillo de cuerdas de amarre.

El sonido suave de un automóvil llegando cerca del barco llamó su atención, y trató de ver lo que estaba sucediendo.

Un «Mercury» descapotable, de color verde y conducido por Percy, frenó ante la pasarela. De él descendió Clare Scotaiv que subió rápidamente por la barandilla.

Willy observó como la mujer y Percy hablaban con el centinela. Poco después, esta sujetaba la escalera a una sogá y dando vuelta a una manivela empezó a izarla.

«Quitan la escalerilla. Será que no quieren que suba o baje nadie?»

Pero una vibración que envolvió toda la nave le hizo comprender lo que ocurría en las entrañas del paquebote.

—¡Van a zarpar, y se nos llevan a Grace y a mí!

Las maniobras de desatraque se hicieron lentas, pero seguras. El sargento tuvo que cambiar de escondite varias veces para ser sorprendido por los *gangsters*.

Willy se dijo que sería conveniente averiguar lo que pretendían y después podría obrar en consecuencia. Lamentaba no haber avisado a Coleman de aquello. Ahora la policía podría ocupar el barco y por contra estaba solo.

No obstante, no se amilanó por ello y siguió adelante, sorteando obstáculos.

Se detuvo ante el ojo de buey que tenía la sala de control en su pared derecha y desde allí pudo captar:

—¿Habéis encerrado ya a esa Marilyn? —preguntaba la voz de Clare.

—La hemos puesto abajo, en la bodega —aclaró una voz masculina.

—¿Con grilletes?

—Sí, es que ha resultado ser una fiera. Ha pataleado, mordido y por poco no presenta un peligro para todos. Le hemos puesto los grilletes para que se le calmen los nervios.

—John, sabes que no me gustan los grilletes. Estropean a las chicas y luego pagan menos por ellas.

—Te advierto que esta vez ha sido imprescindible,

—Bien, no hablemos más. ¿Todo preparado para zarpar?

—Sí, en cuanto suelten las amarras efectuaremos la maniobra. Ya hay presión en las calderas, la verdad es que no hay como el petróleo para levantarla inmediatamente.

—John, tú que eres el capitán, deberás maniobrar con pericia y rapidez. Quiero salir de Nueva York cuanto antes, tengo malos presagios. Deseo llegar a Méjico pronto.

—Se hará lo que podamos, pero no dudes de que por mi parte haré lo imposible.

Willy se atrevió a mirar con sigilo por el ojo de buey, empuñando la «Browning» al mismo tiempo.

«Están solos la mujer y ese *gangster* que resulta ser un marino. Buena ocasión para hacerme dueño del momento», se dijo Willy, aunque prefirió aguardar a que todos los miembros de la banda estuvieran atareados en la operación de desatraque.

—Clare...

—¿Qué, John?

—¿Recuerdas las esperanzas que me diste?

—Sí, pero no creo que sea ocasión de hablar de ellas.

—¿Y por qué no?

Clare levantó la vista del mapa que observaba y miró al impecable *gangster*. Este siguió:

—Llevamos un buen botín a bordo, cuarenta y siete mujeres procedentes de distintos puntos de la Unión. Nadie notará su falta, hemos tenido buen cuidado de hacerlo todo.

—Recuerda que se dice «he tenido», porque soy yo quien lleva la organización.

—Como quieras, sabes que no me importa demasiado el dinero. Si te ayudo es porque te amo.

—John, ¿por qué no hablamos de esto otro rato? —pidió displicente la mujer.

Pero John no hizo caso de la protesta y avanzó con paso lento y seguro hacia ella.

—Con las chicas podemos obtener un pingüe beneficio, medio millón de dólares o más. Todas son jóvenes y bellas, y esos plantadores las pagan

bien. Están acostumbrados a la soledad.

—Pero yo quiero más. Deseo formar una fortuna fabulosa. He encontrado el medio de conseguirlo y no pienso abandonarle. Da por sentado todo esto y continúa en tu puesto

—Si vendemos las chicas y luego el «Eolo», viviremos tranquilamente el resto de nuestra vida.

John cogió a la mujer por los hombros y la acercó a sí pese a la resistencia que ella opuso.

—¡Déjame te digo!

El hombre encontró ante sí el brillante estilete que Clare blandía en su diestra.

—Si no me sueltas, lo pagarás caro.

—No me asustas, te hago falta. Este buque no puede navegar sin mi mando, os estrellaríais antes de abandonar Manhattan.

—Está bien, pero sé razonable.

John solo tenía una razón en su mente, amar a Clare. Por ello, en vez de soltarla, la besó apasionadamente. Ella cedió, pero no puso ardor en la caricia.

—¿Ya tienes bastante?

—Nunca quedare saciado de ti, te amo y tú lo sabes. Por eso haces de mí lo que quieres.

—Anda, no seas chiquillo y ponte a trabajar, no sea que los muchachos hagan alguna barbaridad.

—Antes de zarpar has de prometerme que abandonaremos este negocio y buscaremos el medio de vivir en paz.

—Lo único que puedo prometerte es que hablaremos de esto cuando el dinero esté en nuestro poder. Ahora, hay que darse prisa en salir de aquí.

Una voz sonó en la estancia, a través de uno de los dictáfonos.

—John, todo preparado. Presión, amarras y motores en marcha.

—Bien, aguardad a que os de órdenes.

—De acuerdo. Nos mantenemos a la espera.

Clare, sinuosa y felina en su caminar, se aproximó al pulcro capitán:

—¿A qué esperas?

—A que me prometas que te casarás conmigo y dejaremos todo esto.

Antes de contestar, la mujer hizo bailar entre sus dedos el agudo estilete. Sus labios esbozaron una sonrisa de complacencia que ocultaban sus verdaderos sentimientos y dijo:

—Está bien, te lo prometo. Sabes que nunca me han gustado los demás hombres y tú has sido el único que yo he aceptado junto a mí. Cuando acabe este negocio, me casaré contigo. Pero ahora, zarparemos de una vez.

Willy Lemon se había deslizado hasta llegar a la puerta de entrada a la sala de control o puente de mando del paquebote.

Dando un puntapié a la madera la abrió y penetró en la estancia

apuntando con su automática a Clare y a John, que quedaron estupefactos al verle.

—Buenas noches, tórtolos.

—¡John, si es el tipo que metimos la otra noche en el tubo! —balbuceó Clare.

Pero Willy Lemon, haciéndose cargo de la situación, ordenó:

—Las manos arriba, y tú, monada, suelta ese puñal si no quieres que adorne tu piel con unos agujeritos.

Ambos obedecieron y Clare dejó caer el estilete, que quedó sobre el suelo de madera,

—Os parece extraño que haya resucitado, ¿verdad? Pues no soy un fantasma, ya os advertía que tarde o temprano pagaríais vuestros crímenes.

—Tengo curiosidad por saber cómo logró escapar. Kafka y Rooney regresaron convencidos de que quedó triturado.

—Pues fui más listo que ellos. Otro rato, antes de que os sienten en la «silla» os contaré lo que pasó. Ahora no hay tiempo que perder,

—¿Y tú solo piensas detenernos? —inquirió Clara mordaz.

—Desde luego. Tengo suficientes balas para todos en el caso de no ser obedecido.

—Siento que hayas equivocado, pero en el caso de que disparase un solo tiro, irían matando una a una a todas las chicas encerradas.

Willy apretó los labios. Sabía que aquella mujer era capaz de cumplir su amenaza, pero no ignoraba que si dejaba de actuar serían vendidas al mejor postor y Grace estaba entre ellas.

—¿Quieres decir con eso que los dos tenemos las manos en el mango de la sartén?

—Exacto, veo que no eres, tonto, y espero serás sensato.

—Lo lamento, tengo un plan mejor. Tú, John, llama por el dictáfono y con cualquier pretexto haz que todos los hombres de la banda se pangan en la barandilla de proa.

Clare Scotsaiv lanzó una mirada asesina al joven sargento cuando John se hacía cargo del dictáfono.

CAPÍTULO XII

—¡Atención, atención, John os habla! —llamó el gangster a través del dictáfono, manipulando en una serie de mandos que Willy ignoraba para qué servían.

—¡Maldito! —rugió Lemon disparando dos veces contra el lugar donde debía estar John.

Pero este, adivinando la reacción del sargento, se apartó de un salto felino y se lanzó en tromba hacia la puerta, desapareciendo por ella antes de ser alcanzado por las balas.

—¡Al menos, tú no escaparás! —silabeó Willy atenazando una de las muñecas de Clare Scotaiv, quien profirió un chillido de rabia y dolor.

—¡Tú te encargarás de que tu banda se entregue o te mando al infierno!

—¡No conseguirás nada, nada, tus disparos habrán puesto en guardia a los muchachos y no podrás huir!

—Si yo no escapo, tú vendrás al otro mundo para hacerme compañía.

Clare intentó zafarse de la mano del joven, pero este sin compasión y a pesar de ser mujer, pegó con el cañón de la pistola sobre su brazo, dejándoselo inutilizado.

—Así estarás quieta, ya sé cómo las gastas. Antes de morir Kasius se llevó un buen tajo en la mejilla y yo no dejaré que me hagas otro tanto.

—¡Te matarán como a un perro!

Varias voces sonaron en cubierta y una de ellas sobresalió. Procedía de la garganta de John que había logrado huir de la amenaza de Willy Lemon.

—Clare, ¿te encuentras bien? —gritó.

—¡Sí, John, no tengas miedo por mí! ¡Acabad con este tipo que...!

Quiso continuar, pero el «G-men» le tapó la boca con la mano.

—Por lo visto estás deseando que te mate y de momento no quiero hacerlo. Será para mí un placer conducirte a la silla eléctrica... ¡Aaaah!

El sargento sintió un brutal mordisco en su mano y tuvo que retirarla. En la oscuridad, tomó una determinación y, colocando el caño de la automática en la nuca femenina, dio un ultimátum.

—Si abres la boca, puedes considerarte pasto para los gusanos.

Lemon alzó la vista y, a través de la ventana frontal del puente de mando, divisó un rostro pegado al cristal, tratando de escrutar el interior. El contraluz puso al *gangster* en evidencia.

—Mira que bien, uno que se pone a tiro.

Un solo fogonazo brotó del arma de Willy. Al otro lado de la pared, un cuerpo se desplomó pesadamente.

—Uno menos.

—¡No podrás acabar con todos!

—Mientras estés tú aquí dentro, me siento seguro.

Willy obligó a Clare a seguirle por la sala. De pronto, algo pegó contra su frente.

—¿Qué es esto?

Cogió el cable con el que tropezara y tiró de él con fuerza. Con gran alegría por su parte, la sirena bronca y potente del «Eolo», comenzó a sonar.

—¡Voy a poner en guardia a todo el mundo con la sirena!

—¡Maldito, esto lo pagarás!

—De momento, a ti no te suelto. Voy a lanzar un S.O.S. y pronto tendremos aquí a los guardacostas. Ellos darán cuenta de vosotros.

Willy estiró del cable, haciendo ulular la sirena y lanzando al aire, en alfabeto Morse, el S.O.S. por tres veces consecutivas.

—¡Estáis perdidos!

Inesperadamente, una ráfaga de ametralladora barrió la estancia a media altura. Al igual que Clare, Lemon escapó por décimas de segundo al mortífero plomo.

—¡Ahí va el cambio!

Willy disparó varias veces, haciendo que uno de los *gangsters* que había rodeado el puente de mando lanzara un aullido de dolor. Pero la ventana ofrecía poca protección y la caída de una bomba de gas al interior de la estancia confirmó la situación crítica en que se encontraban.

—¡Aguanta, Clare, ahora tendrá que salir! —gritó John desde fuera.

Clare y Willy comenzaron a toser.

—Aquí debe haber una trampilla, ahora que recuerdo. Por ella me llevaron hasta el tubo.

Sin soltar por un instante a su presa, Willy empezó a tantear el suelo hasta que dio con la argolla.

—¡Al fin! ¡Vamos, hay que bajar!

Clare, tosiendo, obedeció las instrucciones de Willy. Ambos descendieron por la escalerilla interior y una vez en la bodega, el hombre la hizo detener.

—Escondámonos dentro de esas cajas.

—¡Tarde o temprano te cogerán. Si abandonas te prometo una recompensa!

—Calla, víbora.

Escudándose tras Clare y con disimulo, para que esta no se diera cuenta, Lemon llenó de nuevo el cargador de la automática. Apenas hubo terminado, distinguió como una sombra se deslizaba por la escalerilla que ellos habían utilizado.

Disparó sin dilación, haciendo blanco en el cuerpo de Kafka que dio un par de volteretas antes de llegar al suelo donde quedó sin vida.

—Otro menos. A este paso creo que van a durar poco tus secuaces.

Ahora, llévame a donde está la chica de esta tarde.

—¿Marilyn?

—¿Marilyn? Es posible. Se trata de una mujer pelirroja.

—Sí, es ella, otra que nos ha metido un rollo. Ahora estaría bien que ya la hubiera metido en el tubo.

—Estoy seguro de que no lo has hecho, pero si resultan ciertas tus palabras, te encierro yo a ti dentro de ese artefacto.

—Pues si la deseas, búscala tú mismo.

Willy retorció el brazo femenino con violencia hasta sentir que el dolor escapaba por entre sus labios.

—Dime dónde está, rápido.

—¡Si no me sueltas, John la matará!

—Antes te mataré yo a ti. ¡Grace, Grace!

La voz potente y masculina de Lemon penetró hasta los más recónditos lugares de la embarcación. Una alegría intensa le embargó cuando oyó la respuesta a su llamada.

—¡Willy, estoy aquí, Willy!

—¡Ahora voy Grace, no te muevas! ¡Anda, sígueme! —conminó a Clare, la cual se mordió los labios de rabia incontenible.

—Willy, estoy junto a la pared, sujeta por unos hierros...

Guiado por la dirección de la voz no tardó en dar con la muchacha, que al sentirlo cerca comenzó a sollozar.

—No temas, Grace, ya estoy a tu lado. Te has portado muy valientemente y gracias a ti he podido dar con esta guarida.

—Cuando he oído los disparos he imaginado que estabas arriba y he temido por tu vida.

—Imagino lo que has sufrido, y más al sentir la puesta en marcha de los motores. Estoy seguro de que te habrá horrorizado, pensando que yo no llegaría a tiempo.

—Sí, Willy, sí, pero Dios ha escuchado mis súplicas.

—Una escena muy tierna —suspiró Clare irónica—. Lo malo es que quedará interrumpida cuando mis hombres bajen aquí. Tú morirás y tú serás vendida posiblemente a un viejo que tenga sed de carne joven.

Con toda su fuerza, Lemon cruzó el rostro de Clare que se ladeó, pero sin dejar escapar un gemido.

—¡Te he amenazado demasiadas veces con mandarte al infierno! ¡Como me apures más, no voy a poder contenerme!

Willy soltó la mano que mantuviera sujeta hasta entonces y clavando el cañón de la pistola entre las costillas de Clare ordenó:

—Empieza a soltar a Grace.

La mujer, silenciosa, obedeció. Cuando ya una de las manos de Grace estaba libre, la bombilla de la bodega se encendió iluminándolo todo.

—Clare, ¿estás ahí? —inquirió John.

—Sí, pero ten cuidado, está armado.

—Vaya, tu querido John ha llegado hasta aquí...

Al ver que un paquete que allí había oscilaba sospechosamente, Willy disparó contra él, pero todo continuó en silencio.

—John, si no sales voy a dar cuenta de tu amor. Puede que en el infierno te reúnas con ella.

—¡Si tú matas a Clare, despídete también de la pelirroja! —amenazó el *gangster*.

La joven continuaba sujeta por una de sus manos y se removió inquieta, comprendiendo que debido a su situación, Willy estaba en desventaja.

En cubierta, unas ráfagas de ametralladora se dejaron sentir atronadoras.

Clare deseó saber lo que ocurría.

—¡John, ¿qué pasa arriba?

—¡La maldita sirena que ha hecho sonar ese estúpido ha atraído a los policías como moscas! Por lo visto, parecían aguardar una señal.

El «G-men» permitió que hablasen, pues de aquel modo se enteraba él de lo sucedido.

—El negocio está perdido, y el «Eolo» en poder de la policía, incluso he visto acercarse un guardacostas. Sólo nos resta huir.

—¡Ni lo sueñes, John, ni tú ni Clare podréis escapar! —amenazó Willy. Continuaba tras el cuerpo de Clare y tratando de proteger a la pelirroja.

En el interior de la bodega, las palabras cobraban eco y solo las ratas parecían ajenas al drama que se mascaba en el ambiente.

Lemon se puso en tensión. No había visto a John, pero sí a su sombra; se agachó para apuntar mejor.

—¡Cuidado, John!

Se cambiaron unos disparos sin efecto por ambas partes. De pronto ocurrió lo que menos esperaba Lemon.

Clare, con decisión sorprendente, pegó un puntapié en la mano del joven, haciéndole soltar el arma que fue a caer lejos de su alcance.

—¡John, es tuyo, está desarmado! —gritó Clare avisando al *gangster* de la circunstancia.

John, antes de que Lemon recuperara el arma, se puso al descubierto encañonándolo con su «Luger».

—Bueno, amiguito, has costado, pero al final caíste.

—¡Mátalo, John, mátalo, él nos ha hundido!

Willy y Grace tragaron saliva y quedaron en suspenso. Sabían que estaban por completo a merced del *gangster*, quien contuvo la reacción de Clare objetando:

—No, espera. No los mataremos hasta que estemos a salvo. De momento, servirán de rehén por si llegan los polis antes de que huyamos.

—¿Por dónde escaparemos? —preguntó Clare un tanto aturdida.

John señaló ante él, donde se encontraba el triturador y dijo:

—Por el tubo. Hay una compuerta lateral.

—Pues vamos enseguida, no deseo que me sienten en la silla eléctrica.

—Vosotros dos, si os movéis o dais un solo grito, os abraso a balazos y os advierto que poseo muy buena puntería.

Willy y la joven obedecieron, no les quedaba otro remedio. Tenían que ver imposibles como aquellos delincuentes emprendían la huida.

Clare Scotsaiv comenzó a destornillar la tapa al tiempo que John, caminando de espaldas y sin dejar de apuntar a Willy, se acercaba a ella.

—Bueno, ya está abierto —indicó Clare mirando al interior del triturador. Sintió un estremecimiento en su espalda; estaba oscuro y tenebroso.

—Quítate el vestido o de lo contrario no podrás nadar.

Clare asintió con la cabeza y arrojando sus vestiduras al suelo quedó en prendas menores. Luego, se introdujo en el tubo.

—Espera a que abra la compuerta del agua. Después contén la respiración y sal al exterior. Nadando en la noche podremos escapar.

—Como tú digas, John.

Clare desapareció en el tubo cuando un tableteo de ametralladora llenaba de mil ecos la bodega.

—¡Alto...!

John, alcanzado por las balas de los policías al mando de un federal y apoyado por el teniente Colleman, de la Metropolitana, cayó de espaldas contra la pared, aplastando en su caída la llave tripolar que puso en marcha la hélice.

—¡Dios mío! —exclamó Grace cerrando los ojos e intentando no oír el alarido infrahumano que lanzó Clare Scotsaiv al ser absorbida por las cuchillas trituradoras.

Willy corrió a desconectar la hélice dejando que el cuerpo de John cayera al suelo.

Colleman se unió a él, mirando ambos dentro del triturador.

—Ha quedado completamente deshecha.

A pesar de su sangre fría, Willy Lemon se sintió vivamente impresionado por el horrendo espectáculo. Por su parte, Colleman opinó:

—Después de todo, una mujer como esa no merecía mejor fin. En cuanto a usted, sargento, si no llegamos a seguirle y movilizar a los muchachos al oír el S.O.S. de la sirena, lo hubiera pasado mal.

—Sí, seguramente. Lo que me alegra es que todas esas muchachas se han salvado de un destino peor que la misma muerte.

—Sí, es cierto, ya están evacuándolas a todas.

Lemon se apartó del teniente acercándose a Grace que seguía sujeta a la pared por uno de los grilletes,

—Grace —musitó—, tú has velado mi delirio y yo me he dado cuenta

de que un hombre no sabe vivir solo.

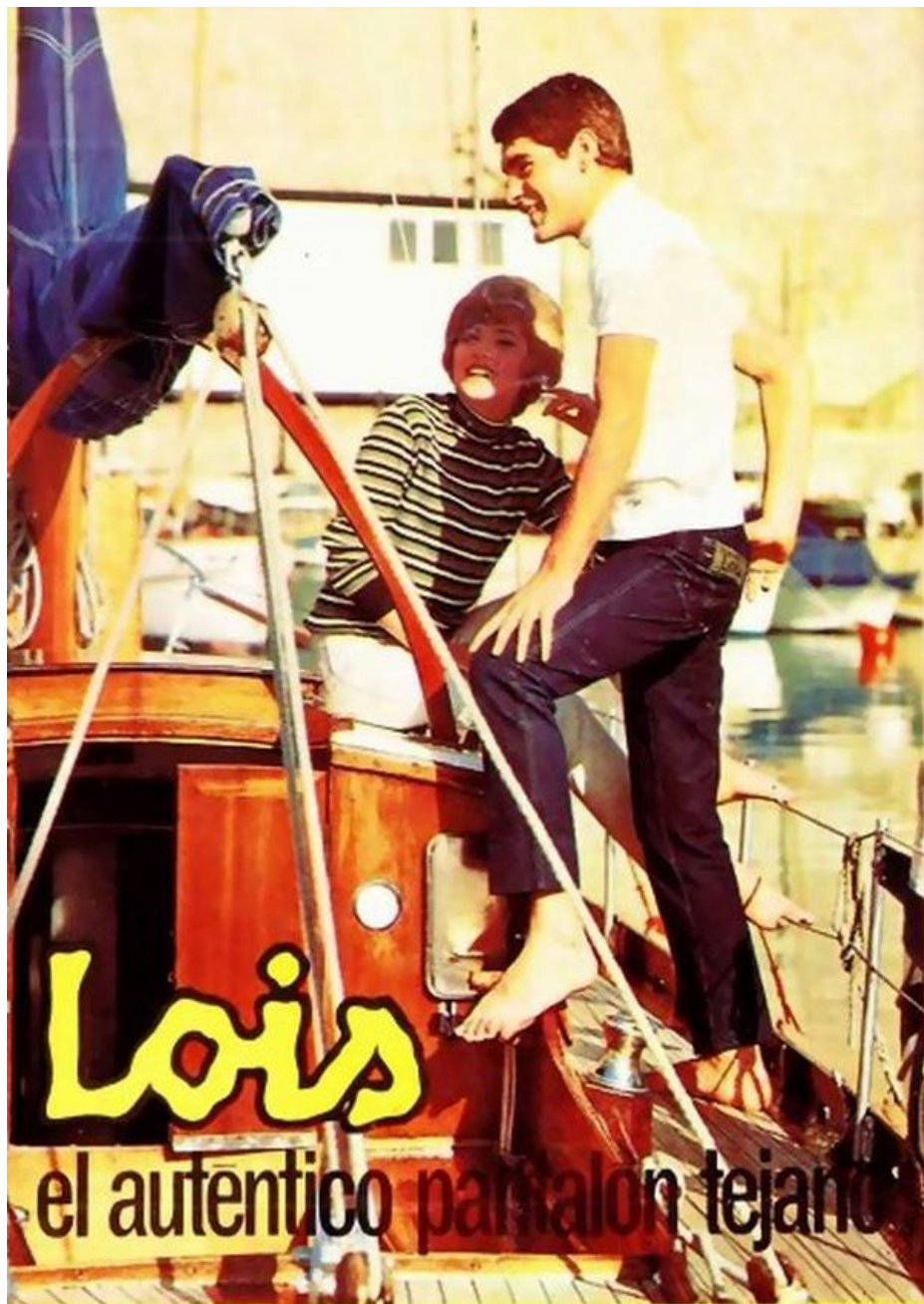
—¿Qué me pides, Willy? —inquirió trémula.

—¿No lo imaginas? Sé que la muerte de Katy está reciente, pero creo que desde el otro mundo bendecirá nuestra unión.

—¡Willy! —exclamó feliz.

Se colgó del cuello masculino con la única mano libre, mientras Coleman, sonriente por la escena, se acercaba para liberarla y que se pudiera abrazar mejor a aquel sargento que había empleado inmejorablemente sus vacaciones.

F I N



Loïs

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.